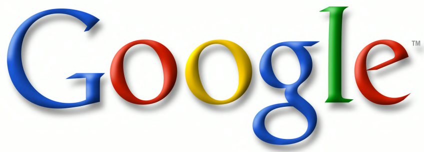
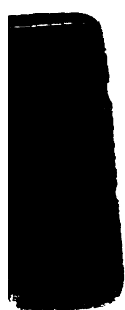






DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

EL 25 DE FEBRERO DE 1877

MADRID
IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6
1877

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

EL 25 DE FEBRERO DE 1877

MADRID
IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
CALLE DE LA COLEGIATA, 6.
1877





Señores:

De los inolvidables, acabadísimos discursos que, á modo de monumentos perennes, señalan vuestro sucesivo ingreso en la Real Academia Española, y cuya primorosa hechura he vuelto yo á admirar estos dias, buscando en ella lecciones y ejemplos para mi tarea de hoy, resulta que todos vosotros, con venir acompañados de títulos y merecimientos que á mí me faltan, y ser por todo extremo dignos de una investidura que tanto habíais de honrar, entrasteis llenos de confusion, timidez y reverencia en este Senado literario, templo de las leyes del buen decir, donde los Próceres del Arte custodian y acrecientan el rico tesoro del habla de Castilla. Fácilmente, pues, adivinareis los afectos, muy más vivos y apremiantes, cuanto son más naturales y debidos, que agitan y conturban mi corazon en este solemne acto, y algunos de los cuales, dicho sea en desagravio de la justicia, sirven de castigo á la avilantez con que, abusando de vuestra indulgencia, pretendí la no merecida honra de apellidarme vuestro compañero, cuando en realidad yo habia de venir aquí (¿para qué negarlo?) á continuar siendo vuestro discípulo.

Mucho más diria en esto; pero acuden á mi memoria los pulidos términos y galanas frases con que todos vosotros, en tribulacion análoga, que no idéntica, á la mia, expresasteis iguales conceptos, y doleríame que, por desventajas de inteligencia y de estilo, apareciese hoy ménos elocuente y afectuosa la obligacion de mi agradecimiento que ayer la noble humildad de vuestra modestia. Séame lícito, en cambio (y así me pondré en camino de llegar pronto al tema de este discurso), definir con ingenuidad, y en el llano y corriente lenguaje propio de mi aficion á la novela de costumbres, la índole y naturaleza de las encontradas emociones que siente el amante de las Bellas Letras cuando pasa del estado de escritor por fuero propio á la categoría oficial de Individuo de esta ilustre Corporacion, ó explicar á lo ménos las inquietudes que experimenta con tal motivo quien, como yo, durante una larga y alegre estudiantina literaria, sólo ha campado por su respeto.

Perdonadme, en gracia de la exactitud, el atrevimiento del símil que voy á emplear: pero la verdad es que, cuando considero el cúmulo de cuidados y atenciones que he echado sobre mí al atravesar esos umbrales (mis remordimientos por lo pasado, mis temores por lo futuro, el dolor por la libertad perdida, las reglas á que tendré que sujetar mi conducta, y los respetos que habré de guardar y hacer guardar en lo sucesivo), ocúrreseme que esto de entrar en la Academia se parece mucho al acto de casarse. Experimento, sí, señores, en este dia la grave conmocion y saludable miedo del que deja las inmunidades de mozo por los deberes de casado, con ánimo y resolucion de cumplirlos. Solicítase como una merced lo mismo el cargo de marido que el de académico; agradécense como una dicha y una honra; ufánase uno de verse tenido en tánto por la señora de sus pensamientos; da las gracias, personalmente, á to-

dos los indivíduos de su nueva familia; parécenle pocos todos los regalos (ó sea malos todos los discursos) que excogita para agasajar á la novia; no puede, en fin, estar más alegre y reconocido; pero llega el dia del Sacramento, llega el dia de jurar ante Dios el anhelado cargo, llega el dia de hoy, en una palabra, y el académico electo, como el feliz contrayente, conoce que algo crítico, supremo y trascendental va á acontecer en su vida; que á sus ojos desaparece un horizonte y se abre otro, cual si estuviera atravesando la cumbre divisoria de dos comarcas, y que aquella solemne y decisiva hora, más bien es hora de abstraccion y melancolía, de austeridad y sacrificio, que de profanas, amorosas complacencias.—De entónces en adelante, bien puede decir *á Dios* el nuevo académico (dejemos por ahora al novio) á las libertades en materia de gusto, á las rebeldías contra los preceptos, á la independencia de sus juicios, á la impunidad de sus errores..... Pero ¿qué digo *á Dios?* ¡Lo perseguirá el recuerdo de sus piraterías literarias, y entrará en deseos de quemar cuantos escritos llevan su nombre, versos y prosa, comedias y novelas, y sobre todo los folletines de supuesta crítica, al modo que el recien casado arroja al fuego cartas, flores, efigies, perfumadas trenzas y demas testimonios *non-sanctos* de sus campañas de soltero!

Con lo que acabo de decir quedan liquidados y saldados algunos créditos de mi conciencia, generosamente olvidados por vosotros, restándome ahora añadir que me punza tanto más en la ocasion presente el recuerdo de mis pecados literarios, cuanto que vengo á ocupar la vacante de un modelo de virtudes académicas (las tuvo de todo órden), escritor pulcro y moral desde los primeros años de su vida, pensador siempre arreglado, poeta envidiable, humanista perfecto; utilísima abeja, digámoslo así, en las arduas ta-

reas de esta casa, donde se afanó constantemente por el bien y el aumento de las Letras españolas.—Tal fué Don Fermin de la Puente Apecechea.

De tan valiosas cualidades, que perpetuarán el renombre de aquel varon insigne, sólo una traigo yo probada, y esa no con la nota de *sobresaliente*. La alegaré, sin embargo, como título á vuestra benevolencia, porque acredita cuando ménos, de parte mia, un buen deseo de cumplir la más importante y sagrada obligacion aneja á los oficios de poeta y escritor público que me arrogué y desempeño hace ya veinticinco años.—Y con esto he llegado al tema del presente discurso.

Refiérome, señores, á la intencion moralizadora que siempre ha guiado los cortos vuelos de mi pluma, y que de igual manera deben, á mi juicio, llevar por delante, próxima ó remotamente, en todas sus creaciones, cuantos desde el teatro, desde el libro, desde el lienzo, ó por medio de la triunfal estatua, aleccionan y dirigen, hasta cuando no lo pretenden, á la sociedad de que forman parte. En lo que á mí toca (y será ya lo último que os diga con relacion á mi insignificante personalidad literaria), vuelvo á declarar que, constantemente, en todo linaje de escritos, sin excepcion ninguna, me he propuesto lo que he considerado (no sé si con error ó sin él) útil á mi patria y á mis conciudadanos, cuando trataba de cosas políticas, útil á la familia y á la sociedad, si ensayaba la novela, consolador del espíritu humano, cuando pulsaba mi

pobre arpa; es decir, que siempre he tenido por norte el Bien, tal y como yo lo he discernido en cada circunstancia, y que, al azotar el vicio ó al ensalzar la virtud, al cantar el amor ó celebrar la hermosura, más que á lucir ingenio con primores retóricos, he propendido á que la *belleza* de la forma sirviese de esmalte y gala á la *bondad* ó á la *verdad* de mis doctrinas.

No ostentara yo como un timbre tan pobre ejecutoria, donde no hay quien no la posea en union de otros blasones de más precio, ni viniera hoy á defender en este acto público, como tésis litigiosa y materia opinable, lo que durante miles de años ha sido máxima inconcusa, si no hubiésemos llegado á tiempos en que es tal la fiebre de las pasiones y tan horrible la consiguiente perturbacion de las ideas, que ya corre válida por el mundo, en son de axioma estético y principio didáctico, la peregrina especie, nacida en la delirante Alemania, adulterada por el materialismo frances y acogida con fruicion por el insepulto paganismo italiano, de que el *Arte*, incluyendo en esta denominacion las Bellas Letras, es independiente de la *Moral;* de que, proscrito el *Bien* de los dominios de Apolo, la *Belleza* debe servir de único término ideal ó exclusivo objeto de atribucion á los poetas y á los artistas, y de que *Bien* y *Belleza* son, por lo tanto, conceptos separables. ¡Es decir; que, segun los flamantes críticos, cabe que al espíritu humano le parezca bello lo ocioso, bello lo nulo, bello lo indiferente, y hasta bello lo malo, lo injusto, lo inícuo, lo aborrecible!... Ni ¿qué sabemos? ¡Acaso, para explicar ese dualismo de juicios y esa contradiccion de fallos en un solo tribunal, supongan que el alma del hombre está, como si dijéramos, dividida en negociados, ajenos é independientes entre sí, de modo y forma que con un pedazo del espíritu se pueda amar lo

que se desprecia ó se abomina con el otro; desconociendo así los ilusos que nuestra alma, inmaterial é indivisible, es como misterioso sagrario, donde, al calor de las ideas innatas y á la divina luz de la conciencia, se asocian, funden y armonizan (no sin contínuas victorias de la imaginacion sobre los sentidos) los varios afectos y confusas nociones que nos ofrece el mundo exterior; con lo que, tras felices desengaños del mortal orgullo, despiértase en nuestro sér aquel ansia infinita de *verdad*, *bondad* y *belleza* eternas y absolutas que ha producido todas las grandes obras humanas, y que es, á un tiempo mismo, vivaz estímulo de la mente, insaciable sed de justicia en el corazon, y perpétua melancolía del descontentadizo sentimiento, predestinado á goces inmortales!

No se me oculta que ese cisma literario, cuyo grito de guerra es «*el Arte por el Arte*» (frase puramente retórica, y de orígen polémico, sin valor alguno científico, y cuya verdadera fórmula sería «*el Arte por la Belleza*»), surgió en son de protesta y refutacion contra los que, exagerando las legítimas aspiraciones de un excelente deseo, sostenían que el Arte no debía ser más que una expresion religiosa, tan inmediata y directa como el culto, ó contra los que sólo veían en él un medio mecánico de enseñanza, á la manera de los juguetes que sirven para que los niños aprendan Historia; doctrinas ambas inadmisibles en absoluto, por cuanto anulaban nobles y maravillosos registros del complicado entendimiento humano, ora condenando el Arte á degenerar en un simbolismo caprichoso, especie de escritura jeroglífica, y á formar parte del ritual de cada creencia, ora reduciéndolo á la condicion de instrumento útil, cuyo mérito habria por ende de graduarse, no en el órden estético, sino con arreglo á su eficacia y resultados..... Pero la verdad es que, por mucho error

que hubiese en confundir los tres grandes términos de la actividad humana, subordinando incondicionalmente á las leyes de la *Bondad* ó de la *Verdad* el concepto de la *Belleza*, mayor lo hay, y más trascendental y peligroso, en estos que proclaman el divorcio é incomunicacion de las facultades de nuestro espíritu, la negacion de la unidad absoluta de nuestro sér, la division de nuestra conciencia, la ambigüedad de nuestro albedrío, el fraccionamiento de nuestra mente;—especie de cantonalismo cerebral, en que el Arte, la Moral y la Ciencia descuartizan y se distribuyen el sagrado imperio del alma.

Contra semejantes absurdos álzanse juntamente la Filosofía y los hechos; y estas serán las dos partes en que yo divida mis alegaciones; bien que compendiándolas todo lo posible, á fin de no cansaros demasiado.

La Filosofía nos enseña que, si en el órden metafísico figuran como *distintas* las tres ideas capitales Bondad, Verdad y Belleza, es porque así se presentan á nuestra limitada razon, la cual no puede reducirlas á un solo concepto. No puede, no; lo reconozco de buen grado. A ser posible esa reduccion, el mundo psicológico se regiria por otras leyes y la justicia se fundaria en otras bases muy diferentes de las de hoy. Baste decir, en lo respectivo á mi propósito (y como leve indicio de mayores absurdos), que, por resultas de la aleacion de la Bondad con la Belleza, los preceptos estéticos tendrian sancion penal y la fealdad se castigaría como delito; cosa que tan abiertamente pugna

con los dictados de nuestra conciencia, y que, dicho sea de paso, rechazaron hasta los mismos griegos del siglo de Pericles; los cuales, en medio de su fanática adoracion á la forma, se limitaron á penar la caricatura voluntaria.—Pero la distincion no arguye contradiccion, y, si bien consideramos como *distintas* esas tres ideas supremas, las contemplamos en una armónica unidad absoluta, donde no cabe antagonismo: afírmanse, por lo tanto, mútuamente, léjos de contradecirse, y refléjanse unas en otras como nobles hermanas de sorprendente parecido; lo cual explica que en todo espíritu sano cause igual complacencia la justicia que la hermosura; la gratitud ó el heroismo que el descubrimiento de las verdades trabajosamente inquiridas; la santa caridad que los sublimes espectáculos de la Naturaleza, resolviéndose siempre todos estos afectos en una sola emocion de misteriosa dulzura; en aquel llanto del alma que es la mejor ofrenda del entusiasmo!

Segun tales principios, cuando creemos notar una contradiccion entre lo bueno y lo bello, debe de ser á lo sumo mera apariencia engañadora, forjada por un oculto sofisma; que tambien los hay en el campo de la Estética, y no ménos perniciosos que los de la Lógica. Sofisma estético es, por ejemplo, confundir dos ó más de los órdenes en que la Belleza se particulariza, é inferir correlativamente de semejante confusion una contradiccion entre la Belleza y la Bondad.—Citaré un caso muy notorio de este paralogismo. Víctor Hugo quiso unir la belleza moral á la deformidad física en la figura de Quasimodo. Nada censurable habia en ello; porque, siendo de distinto órden las bellezas física y moral, cabe separarlas...,—y separadas ¡ay! aparecen en la realidad con harta frecuencia, bien que no por fortuna mia en las bellas cuanto bondadosas damas que me escuchan... Pero el sofisma nace cuando, en nombre de

la belleza moral, Quasimodo solicita, no un afecto moral tambien, que era el correspondiente á su mérito; no admiracion, no gratitud, no amistad del espíritu, sino el amor de Esmeralda, el feudo de su hermosura, aquel cariño (digámoslo de una vez), libre y tiránico como el gusto, en que, por disposicion divina, tánto puede una bella cara y á cuyos mortales ojos son inseparables alma y cuerpo.— Víctor Hugo se guarda muy bien de advertirnos, al llegar á este punto de su obra, que la belleza moral de Quasimodo, ó sea su virtud, se habia trocado en una monstruosidad mayor que la de su físico desde el momento que el jorobado dió alas á aquella pasion leonina; pero tengo la seguridad de que el gran poeta repararia inmediatamente en su propio contrasentido, y de que, si pasó adelante, fué por desprecio á la penetracion de sus lectores.

Otro sofisma estético, mucho más grave sin duda alguna, es sobreponer á una monstruosidad moral una belleza verdadera de diferente orígen, y hacerlo con tal artificio que no sea fácil descubrir la incongruencia.—Vaya un ejemplo: Supongamos que el Partenon se destinara á guarida de facinerosos (lo cual ocurria efectivamente hace pocos años), é imaginemos que algun crítico exclamase (cosa tambien verosímil): «*¡Qué ladronera tan bella!*» ¿Habria exactitud en este juicio? No. El Partenon no sería la ladronera: lo serian las piedras de que se compone, ó más bien el espacio entre las piedras comprendido. El Partenon seguiria siendo una obra realmente bella, fruto de una inspiracion sin igual, estimulada por los más nobles sentimientos humanos (la religion y el patriotismo), mientras que la tal *ladronera*, es decir, los ladrones allí alojados, seguirian siendo feos, aborrecibles, infames, á pesar de vivir bajo las puras columnatas de un templo tan grandioso.—Ahora bien: todas las obras artísticas inmorales,

todas las maravillas literarias de argumento vil y frase obscena, son otros tantos templos convertidos en albergue de malhechores. Así anda la ruin lascivia entre los cincelados versos del *Ars amandi*, ó así habitan la impiedad y el cinismo en los severos moldes de los exámetros de Lucrecio.

Pero admitamos por un instante que la Belleza no tiene el valor metafísico que nosotros le hemos otorgado...—¿Qué pudiera ser entónces? ¿Sería, como pretenden algunos, el término exterior incógnito á que adapta su actividad lo que ha solido llamarse *sentido estético*, ó *sexto sentido?*

¡Ni tan siquiera se concibe tal conjetura! Para ello se requeriria que ese misterioso paladar del alma mostrase su accion universalmente uniforme, reconociendo y saboreando la Belleza donde y como quiera que se le presentase; y sabido es que en nuestro globo no sucede nada de esto! Antes ocurre todo lo contrario, como lo demuestra, no ya la variedad, sino la incompatibilidad de fenómenos que ofrece la raza humana en materia de gustos, cual si el Supremo Hacedor hubiese querido evitar, entre otras complicaciones, el que todos los hombres se enamorasen de una misma mujer, ó el que las pobres feas lo fuesen por unanimidad de votos.—¿Quién, pues, ni en virtud de qué término superior, podria dar la pauta de la Belleza, redactar su código, imponer sus preceptos?—Nadie absolutamente. ¡Cada *sexto sentido* defenderia su derecho individual (que decimos ahora), y habria que admitir tantas Bellezas como gustos, declarando que todas eran igualmente legítimas y respetables!... Pero ¿qué digo? ¡Ni áun el gusto propio sería regla constante para cada persona, pues las delectaciones y las preferencias varían con la educacion, con la edad, con la costumbre y hasta con el cam-

bio de condicion y de circunstancias exteriores! ¿No hemos mudado todos de aficiones artísticas y literarias en el transcurso de nuestra vida? ¿No hemos cambiado de autores favoritos? ¿Quién no se ha convertido de romántico en clásico, ó de clásico en ecléctico? ¿Quién no prefirió en su loca juventud las novelas de Balzac á la de Manzoni, ó los estrépitos de Verdi á los suspiros de Stradella? ¿Quién no ha acabado por inmolar todas las beldades de Ticiano delante del *Jacob* del Spagnoletto? ¿Quién no ha variado de opinion, desinteresadamente, acerca de si los ojos negros son más ó ménos hermosos que los azules, sobre si la hija de Eva debe ser menuda como la Vénus de Médicis, ó recia como la Vénus de Milo, y hasta respecto de la edad y sazon en que la mujer reune mayores encantos?

Hay más en contra de la teoría del *sentido estético;* y es que, no tan sólo no existen bellezas naturales ni artísticas que imperen simultáneamente en todos los ánimos, ó toda la vida en un mismo ánimo (salvo honrosas excepciones), sino que, admitido ese criterio experimental, habria que dividir el mundo de la estética en zonas de varios colores, como los mapas políticos y geológicos, estableciendo un ideal de belleza para los chinos, otro para los etíopes, otro para los blancos y así sucesivamente. Por otra parte: la proclamacion de ese oculto sentido como independiente juez de la Belleza, reduciria el Arte á una lisonja del gusto, ó sea á la habilidad de complacer al que comprase cada obra, y la mejor creacion, en definitiva, sería aquella que hubiese agradado al mayor número; de donde el Arte y la Moda se conceptuarían como sinónimos, el ingenio se mediria por circunstancias externas, y el *buen-gusto* bajaria á la condicion de *humor;* que tánto vale la preferencia accidental y variable, libre de reglas y de respetos. Habria, pues, dictaduras oligárquicas de maestros, críticos y co-

leccionistas, y los consiguientes motines del *vulgo necio* (que decia Lope), y tremendas victorias de esta inmortal especie, más numerosa en todo tiempo que la de los doctos; con lo que, suprimidas las Academias, y en virtud de un plebiscito de *sentidos estéticos*, serian laureados en justicia los Churrigueras, Comellas y Rengifos; viéramos salir expulsados del Museo de Pinturas los cuadros que no fuesen bellos... segun el sufragio universal, y las personas bien nacidas tendrian que emigrar á un desierto, llevándose sus penates artísticos y literarios, para seguir rindiéndoles vasallaje y culto!

Basta de semejantes delirios. Queda probado que la Belleza, desligada de la Metafísica, se desvanece como un sueño, y que el Arte baja en seguida al nivel de un oficio sin trascendencia, cuyo único mérito podria ser la imitacion servil de la realidad, no como medio, sino como objeto definitivo; de la propia manera que vimos ántes, que esa misma Belleza, desligada de la Bondad, es un contrasentido que rechaza la lógica y repugna la conciencia, por cuanto implica la divisibilidad del alma humana.—Ahora, en confirmacion de todo lo apuntado, y segun tambien he prometido, voy á aducir razones extrínsecas ó de hecho, por las cuales demostraré que nunca, en ninguna edad ni en ningun pueblo, bajo los auspicios de ninguna Religion ni en las tinieblas del más feroz ateismo, han caminado separadas la Bondad y la Belleza, ó sea la Moral y el Arte, sino que, por el contrario, entre las condiciones históricas que han hecho florecer las Artes y las Letras en determinados períodos, ha sido la principal el predominio de alguno de los más nobles y elevados sentimientos morales, como la Religion, el patriotismo, el amor del prójimo, la sed de justicia ó la ambicion de gloria. Y demostrado quedará tambien al paso, que, cuando estos sublimes afectos

se entibian ó apagan en la sociedad al soplo del escepticismo ó de la indiferencia, el Arte padece una especie de eclipse, por tal extremo que si, áun entónces, llega á producir algunas obras, son más artificiales que artísticas; frutos académicos, hijos del estudio; recuerdos de inspiraciones ajenas, que no pertenecen en realidad al tiempo en que se fabrican, sino á las edades fecundas que les proporcionaron los modelos.

Pero al llegar á este punto, y habiendo hablado tánto de la *Belleza*, justo es que digamos algo de la *Moral*, ántes de que se me pregunte (pues hoy se preguntan ya tales cosas) qué entiendo yo por *Moral*, ó á qué *Moral* me refiero al presentarla como inseparable amiga del *Arte*.

Empiezo por declarar (á cuenta de concesiones que habré de hacer muy luégo) que, para mí, la Moral verdadera es la de Jesucristo, la redentora del alma, la de la humildad, la de la paciencia, la de la caridad, la del perdon de las injurias, la que dijo: *alteri ne feceris quod tibi fieri non vis;* pues yo creo y confieso que esa Moral es la escrita por Dios en el corazon humano, la misma palabra de Dios hecha hombre, la que nos levanta y sublima sobre el resto de los séres creados, la que vence y anula nuestra parte material, la que despierta y ejercita todas las fuerzas de nuestro espíritu imperecedero.—Sin embargo; como en esta controversia no se trata de la Moral en su sentido estricto, ó sea de ninguna regla de costumbres que guarde relacion con determinados dogmas religiosos, conside-

ro fuera del caso ponerme á romper lanzas por mi Fe y á preconizar sus timbres y excelencias. No teman, pues, los enemigos de Jesus, ó los meros campeones *del Arte por el Arte*, que yo vaya á confundir la bondad metafísica con la ortodoxia y á fulminar excomuniones estéticas sobre la gentilidad y la heregía, pidiendo que sean arrojados del Parnaso Homero y Virgilio, porque no fueron cristianos, ó Shakspeare y Goëthe, porque no fueron católicos..... Ventílase aquí materia más abstracta y filosófica: trátase de la Moral en su sentido lato: inquiérese desde un punto de vista anterior, ya que no superior, á las leyes positivas, á los códigos casuísticos y á las Verdades reveladas, si en la India, si en Egipto, si en Grecia, si en la Roma gentil, si en los pueblos agarenos, si, finalmente, en las Naciones heréticas y cismáticas, lo mismo que en las católicas puras, los grandes poetas y artistas se propusieron ó nó siempre en sus inmortales obras, al par que traducir á formas determinadas su concepto de la Belleza, algun otro fin ulterior, alguna idea que les pareciese útil y saludable, alguna predicacion, alguna enseñanza, algun consuelo, alguna apoteosis. Es decir; que, en este exámen, para conceder á un autor el dictado de *moral*, deberá bastarnos que haya tenido intencion y propósito de serlo; de la propia suerte que llamamos *religioso* al que sinceramente profesa una religion falsa, sin pararnos á considerar los errores que patrocina y difunde por desconocimiento de la Fe verdadera.

Sentadas estas premisas, ¿quién será osado á negar que todas las grandes obras literarias y artísticas del humano ingenio han sido y son *morales* en su esencia, encomiásticas de lo bueno y de lo justo, docentes de presuntas verdades, auxiliares en fin de las Religiones, de las Ciencias y de la Filosofía?—Creo que nadie en este recinto;

pero bueno será que echemos una rápida ojeada sobre el campo de las Bellas Artes y de las Buenas Letras, donde hallaremos, no digo probadas, sino vivas y fehacientes, mis incontrovertibles afirmaciones.

Prescindir pudiera del *Orientalismo* en sus varios aspectos (indio, egipcio, asirio, hebreo y mahometano), y muy poco diré de él, pues hasta la misma escuela que combato reconocerá sin duda alguna el alto sentido moral, y áun más que moral, religioso, de las obras artísticas y literarias de esos pueblos, de esas razas, de esas civilizaciones. En sus templos y en sus poemas, en sus cuentos como en sus palacios, predomina siempre la idea teocrática: el hombre se anonada ante Dios, sea contemplándolo, sea sometiéndosele: la Religion lo absorbe todo. De aquí la propension de sus artistas y poetas al misterio y al símbolo, los arranques líricos de los semitas iconoclastas, judíos y árabes, las imágenes gigantescas de los Indios, las metáforas esculturales de los Egipcios y las fórmulas abstrusas de los Caldeos. Cada ingente montaña esculpida en forma de sagrado elefante; cada pirámide ó cada esfinge plantada en los confines de los Desiertos, cada mezquita ó cada alcázar mahometano revestido de versículos religiosos ó de afiligranadas combinaciones geométricas de mística alegoría, con exclusion de la forma humana y de toda otra imágen de criatura ó cosa perecedera, es un libro santo que habla de la Eternidad y de Dios: es la cristalizacion de la infinita poesía que respiran

los piadosos versos de los Vedas, del Antiguo Testamento y del Coran!... Pero ¿á qué dirigir tan léjos la vista? Nuestro Palacio de la Alhambra, mansion destinada al solaz y lucimiento de una dinastía de Príncipes, podría pasar por un templo erigido en honra y gloria de Alá. «*¡Alá es grande!*» dicen mil y mil veces los bordados muros: «*¡Alá es grande!*» parece que susurra el agua al caer sonorosa de pila en pila, besando al paso la misma leyenda: «*¡Alá es grande!*» repiten los solitarios ecos de aquellas estancias, nunca perdidas definitivamente para los ensueños de los Moros.

Consecuencia necesaria de esta índole invariable de las Artes asiáticas y egipcias, es la falta de equilibrio que resulta entre la idea y la forma de sus conceptos; desproporcion lógica tambien, por cuanto nace de la gran distancia y diferencia que la religiosidad de los Orientales establece entre la naturaleza humana y la divina; entre el hombre y su Creador.

No sucede así en Grecia.—En Grecia, la idea divina se humaniza, ó por mejor decir, se humana: los dioses y los hombres sólo difieren en grado: ya no los separa ningun abismo metafísico: el hombre confina con el héroe; el héroe es un semidios; el semidios nació de un dios. Los dioses son unos antepasados remotos de los Griegos. El infinito insondable de la Divinidad oriental ha quedado oculto tras las pavorosas tinieblas del Hado, que cobijan por igual á dioses y hombres, y en las cuales únicamente se atreverá á penetrar alguna vez, bien que lleno de sublime horror, el más augusto vate de la antigüedad pagana, el padre de los Trágicos, el inmortal Esquilo.

Homero representa la aurora de esta civilizacion, que ya ilumina las cumbres, pero que no desciende todavía á los valles. Trasportado en alas de su genio á la edad que

media entre los hombres y los dioses, canta los Héroes, mezclando la tradicion con la fábula y la Religion con la Historia. Sin embargo, la idea de Patria está ya en gérmen en *La Iliada* y en *La Odisea*, aunque reducida á la raza con sus númenes familiares; y, para complacer y aleccionar tan noble sentimiento, el cantor de Tirios y Troyanos presenta ilustres modelos de grandeza, de energía y de abnegacion, pertenecientes á un mundo aristocrático-divino, del cual se excluye él con respetuosa humildad, dejando hablar á la Musa. Nada, pues, más revelador, más docente, más edificante en aquellos dias, que estas descomunales epopeyas, donde el valor guerrero, la fuerza y la hermosura son como atributos ingénitos del bien moral, y donde la misericordia, con la faz bañada en lágrimas, es uno de los aspectos del heroismo.

Algunos siglos despues aparece Tirteo, y luego Píndaro, decoro ambos de la humana especie (sobre todo Tirteo, que tan amable y apetecible supo hacer la muerte por la patria), y, con sus odas é himnos nacionales, aplican los sentimientos homéricos á la política y á la guerra. Ellos, y los trágicos Sófocles y Eurípides (ménos grandiosos é inspirados, pero más filosóficos y terrestres que el viejo Esquilo), trajeron, reflexivamente ya y á sabiendas, las ideas *morales* al campo de la poesía, como elementos inseparables de la Belleza, y cantaron ó representaron en sus obras la Religion, la Patria, la Familia. Es decir, que aquellos grandes maestros de la Forma, los patriarcas del clasicismo, léjos de rendir al Arte la idolátrica adoracion que suponen los modernos paganos, lo consideraban como una especie de culto rendido á ideas y conceptos del órden moral. Si alguien lo duda, recuerde las tragedias de los tres colosos mencionados, ó las comedias del acerbo Aristófanes, terror del corrompido *Démos* ateniense, y verá en todas ellas

exaltada la virtud, befado el vicio, odioso el pecado, solvente al pecador (ya en los dias de su vida, ya en su descendencia), y, dominando sobre todos los esplendores mundanales, el poder eterno del Destino.

Pero ya me parece estar oyendo el argumento-aquiles de los partidarios de *el Arte por el Arte.*—«Y las Vénus griegas? (exclamarán enfáticamente): ¿no son bellas tambien? ¿no son artísticas? ¿no lo proclama así todo el orbe? ¿no están expuestas hoy mismo á la admiracion pública en los Museos más insignes de la Cristiandad, principiando por el del Vaticano? Y ¿qué mérito *moral* podrá atribuirse á tales portentos de *belleza*? ¿qué sentido filosófico? ¿qué tendencia civilizadora? ¿qué fin plausible, ó tan siquiera honesto y decente?»—«¡Ninguno!» concluirán los fanáticos de la forma, tratando de hacernos creer que las Vénus labradas por el cincel griego son la apoteosis de la perfeccion puramente física, la Belleza divorciada de la Bondad, el impudor en triunfo, la desnudez divinizando el pecado, una reproduccion constante de la célebre defensa de Frine, la derrota, en fin, de la Moral ante el poder de la Hermosura!...

Séame lícito replicar con algun detenimiento á esta objecion, tan formidable en apariencia.

Ya lo dije hace poco: para los Griegos, la perfeccion humana llegaba siempre á confundirse con la realidad divina: lo terreno y lo olímpico (ó sea lo temporal y lo eterno, que diriamos hoy) sumábanse en su imaginacion como cantidades homogéneas, y de aquí el carácter esencial de sus armónicas Artes, basadas en un perpétuo equilibrio entre la inteligencia y la fuerza, entre el espíritu y la materia, entre la idea y la forma. La Belleza era allí, por lo tanto, distintivo de Santidad; y Vénus, arquetipo de la hermosura femenina, y, como tal, madre del Amor, figu-

raba en aquella religion politeista entre las Deidades Mayores, no ciertamente en cuanto beldad individual, presentada á la concupiscencia de los sentidos, sino en cuanto beldad simbólica y místico dechado de providenciales gracias; como númen propicio á la eterna Ley que es fuente de la vida; como la Flora, como la Pomona, como la Amaltea del linaje humano.

Así lo ha comprendido la austera civilizacion emanada del Evangelio, y por eso ha considerado castas, espirituales y hasta religiosas, dado el criterio de la Gentilidad, esas desnudeces de ideales abstractos que luégo reprodujo el pincel cristiano para representar á nuestra madre Eva. Pero no lo dudeis: tan pronto como tales figuras trocaran su impersonalidad divina por una personalidad terrena; tan pronto como de conceptos genéricos bajasen á ser meros retratos de su respectivo original, sin ninguna especie de significacion sagrada, la inverecundia del modelo se reflejaria en la obra de arte, la inmoralidad de la mujer trascenderia á la estatua, sublevaríase la conciencia pública contra semejante escándalo, y, por acabada que fuese la efigie y célebre su autor, habria que esconderla en uno de esos calabozos de infamia que se llaman *museos secretos*, como se aprisiona á mujeres hermosísimas ó á hombres de reconocida ciencia cuando se ponen en abierta pugna con los fundamentos sociales.

Ni ¿qué mayor demostracion de mi aserto que este otro hecho elocuentísimo? Cuanto más completa es la desnudez griega, más noble y pura se ofrece á nuestra veneracion. Cualquier accesorio atenuante, relacionado con necesidades ó escrúpulos terrestres, rebaja la dignidad y ofende el decoro de la belleza olímpica. *La Vénus de Médicis* está reputada como la más púdica, inmaterial y candorosa creacion del Arte helénico, por lo mismo que su desnudez es

absoluta: ¡nadie ve en ella á la mujer: todo el mundo ve á la diosa!—No justifican, pues, las estatuas gentílicas en los Museos cristianos la inícua absolucion de Frine: no representan el triunfo de la Hermosura sobre la Moral; no arguyen nada en favor de *el Arte por el Arte*. Al contrario: prueban que el idealismo puede llegar en el hombre hasta el punto de convertir en devocion mística el amor terreno; simbolizan la union hipostática de la Bondad y la Belleza; y, en fin, señores, traen á la memoria, ya que de Frine hablamos, que, si un Tribunal indigno prevaricó cínicamente y la absolvió al verla desnuda, el Senado, en compensacion, no admitió el insolente ofrecimiento de la misma cortesana de reedificar á su costa la ciudad de Tébas.

Nada más diré acerca de los Griegos, considerados dentro de su patria... Cuando la fe se entibió en aquella sociedad, el Arte perdió su sávia divina y dejó de ser ministerio santo, para convertirse en parodia de sí propio y simulacro de la ausente inspiracion del alma...—Huyamos tambien nosotros de este pueblo moribundo, y traladémonos á Roma.

Los Romanos tenían dioses de igual naturaleza que los Griegos; pero dioses sin historia y más separados ya del hombre. En cambio, habían colocado casi á la misma altura que la santidad de aquellos númenes la santidad de la Patria, la santidad de la Familia, la santidad del Hogar, la veneracion de los Antepasados, la religion de la Justicia y del Derecho, y, como consecuencia, la igualdad entre pares, la dignidad respectiva en cada órden y el respeto jerárquico entre todos. Este conjunto de devociones religiosas, morales y políticas, que da á conocer en los Romanos un carácter más práctico y ménos contemplativo que el griego, requería una *finalidad* más

declarada en el Arte, como, en efecto, la muestran los monumentos útiles ó remuneratorios, las ceremonias y oraciones fúnebres y áun la literatura histórica y didáctica, que casi puede decirse precede en Roma á la poesía. —Por otro lado: si la ciencia pura extinguió muy luégo en el Lacio la fe religiosa, como ya la habia extinguido en Grecia, no pudo secar las fuentes de donde esa fe dimana y de donde proceden al mismo tiempo los dictados de la Moral; prueba clarísima de que el hombre es algo más que el instrumento dialéctico de que la Ciencia se vale. Aconteció, por consiguiente, que, miéntras la plebe romana llenaba el vacío de la fe con las supersticiones más extravagantes, la Filosofía, incurriendo á su modo en idéntica contradiccion, buscó en las disputas de los decaidos griegos doctrinas y fórmulas convencionales con que llenar el vacío de la Ciencia.

Dos eran entónces las escuelas morales predominantes allende el Adriático: la estóica y la epicúrea.

Predicaban los Estóicos una virtud austera y desdeñosa, sin orígen ni esperanza; un amor incondicional al bien, sin dilucidar su naturaleza; una moral, en suma, inflexible y huérfana como el Acaso; grande en su desolacion por su desinterés, pero sin entrañas ni consuelo para los débiles.—El español Séneca fué en Roma la más egregia personificacion de esta filosofía, no sólo en las esferas del saber, sino en el cultivadísimo campo de las Letras, y su noble entendimiento llegó á deducir de aquellos ásperos principios máximas tan saludables y puras, que hasta los Padres de la Iglesia cristiana las invocan y recomiendan en sus santos libros, no faltando quien asegure que el mismo San Pablo solía decir en alabanza del sabio cordobés: *¡Senecam nostrum!*

Los Epicúreos consideraban la vida como una carga, y

querían hacerla más llevadera aceptando lo que tiene de grato y suavizando con la sobriedad el contraste entre penas y placeres. Doctrina tan flexible degeneró en un sensualismo refinado y muchas veces grosero, cuyos cantores más célebres, y tambien más dignos de lástima, fueron Lucrecio y Ovidio.—El suicidio de Lucrecio reveló al cabo la consecuencia lógica de tales premisas, así como la sinceridad de sus opiniones. ¡No se calificará, pues, su famoso y malhadado poema *(De rerum natura)* de mero alarde retórico ó de lucubracion indiferente á la Ética! A mayor abundamiento: en el fondo de está obra impía, se oye siempre un grito impremeditado de la conciencia que vuelve por la Moral, y hasta cuando, partiendo del error, el mísero vate la ofende y contradice, muéstrase animado de un afan de enseñanza y de reforma que nada tiene que ver con *el Arte por el Arte*.

En cuanto á Ovidio, los hechos hablan todavía con mayor elocuencia.—Ovidio rebajó el epicurismo hasta el fango de las brutalidades cínicas, salva la elegancia exterior de su persona y de sus cantos, y con todo ello (¡triste es decirlo!) fué el poeta más popular de la pervertida Roma. Irreverente, corruptor y sentimental, trató como materia de entretenimiento la leyenda religiosa y prostituyó vilmente la poesía. Pero ya lo indicamos en sazon oportuna: semejantes obras pertenecen al órden de los pecados: la delectacion que producen á los viciosos es ilícita: como ilícita, tienen que saborearla clandestinamente, y nadie se atreverá á pretender que lo que no puede ser público, sea considerado como artístico! Lo contrario equivaldría á pedir, no ya un Arte indiferente al Bien, no ya un Arte sin virtud, sino un Arte criminal por derecho propio... ¡Oh, no! El Arte, para merecer tan noble dictado, necesita el aplauso colectivo, la sancion de la humanidad, la gloria

pública, la luz del cielo!—Dicho sea en honor de la antigua Roma, las obras obscenas de Ovidio fueron juzgadas, no solamente como pecados, sino como delitos, y la ley social, la vindicta pública, la ira del César, desterró para siempre del mundo civilizado al licencioso cantor, sin consideracion alguna á la pretendida independencia del Arte y de la Moral. Entónces el infeliz expatriado renegó tambien de principio tan innoble; rindió homenaje á la virtud en sus desgarradoras elegías de *Los Tristes* y *De Ponto*, y, alegando tales méritos, aunque sin recoger el fruto en vida, pidió á la sociedad misericordia.—¡Otorguémosela!

Horacio, por más que tambien fuese epicúreo, consideró la Belleza como los estóicos la Virtud; y tan elevado concepto tuvo del Arte, que, sólo á impulsos de él, y como caso de buen-gusto, fué constantemente moral y muchas veces moralista en sus inmortales versos. Creo que á Horacio puede denominarse *el Caton de la forma* y *el Epicuro de la honradez*. «Corregir deleitando» era su divisa, y en otro lugar exclama: «*Omne tullit punctum qui miscuit utile dulci.*» Por eso ocupa un puesto separado y propio en las Letras latinas, y fué el poeta ménos popular y más aristocrático de su tiempo. «*¡Satis est equitem mihi plaudere!*» dice él mismo con arrogante desenfado.—Nada añadiré acerca del clásico por antonomasia: hable por mí su *Arte Poética*, de todos conocida, donde á cada paso se establece como norma lo mismo que yo trato de demostrar con ejemplos.

Virgilio representa otro aspecto histórico de aquella época (que, como veis, no estoy examinando cronológicamente, sino en su gradacion filosófica). La dislocacion política, inseparable siempre de la dislocacion moral, habia hecho pedazos el mundo helénico, ó helenizado y desorganizado

la República romana. Con todo, á falta de otros elementos, el pueblo latino conservaba fuerzas sociales, anónimas y subterráneas sin duda, pero bastantes para sostener una tiranía digna de su grandeza. El mundo entero pesaba sobre Roma, y Augusto, sintiendo la necesidad de afirmar las bases del naciente Imperio, produjo una súbita reaccion religiosa, artificial entre los patricios y los artistas, pero real y efectiva entre la plebe.—Un poeta provinciano, á cuya casa habian llegado los horrores de las guerras civiles y no los placeres de las últimas orgías republicanas, una especie de Trajano de la Poesía, fué el cantor natural de aquella Restauracion. Virgilio ensalzó la Paz, el Trabajo y la Patria, presentando esta patria sobre el fondo de oro de la Religion. La Paz, sí, la dulce paz de los campos es la musa de *Las Bucólicas*: es el Trabajo el próvido númen de *Las Geórgicas*; y la Patria y la Religion son las nobles inspiradoras de *La Eneida*. Canta el poeta mantuano, no al colérico Aquiles, sino al piadoso Eneas, personaje religioso que peregrina con sus Dioses buscando un abrigo donde restaurar la perdida patria; y he aquí por qué este héroe, extraño al mundo gentil, da á los versos de aquel poema un sabor tan grato á la Cristiandad como en su esfera respectiva lo fué el carácter de Trajano.

Dibujada así la figura de Virgilio á la luz de su propia gloria, demostrado queda tambien que su testimonio habla en favor de mi digna causa. Sigo, pues, adelante con renovado aliento, como quien ve próxima la feliz terminacion de su viaje; que ya clarea, tras la noche del muerto paganismo, la aurora de la Religion Cristiana, y pronto sus vivos resplandores alumbrarán el gran triunfo del alma sobre el cuerpo y de la Moral sobre la idolatría.

La decadencia del mundo clásico era irremediable. Ni

la tentativa de Augusto ni otras que se siguieron bastaron á vigorizar la antigua fe, escarnecida y desautorizada en la Ciencia, en el Arte y en las costumbres. La interesada hipocresía y la grave Razon de Estado, que mantenian como galvanizado á Júpiter en los solitarios templos cuando ya habia fallecido en las conciencias, no engañaban realmente á nadie, ni tan siquiera á la sencilla plebe, y pronto vióse que todos los espíritus sinceros comenzaban á abrazar la Religion del porvenir; el Cristianismo.—Poderoso auxiliar de esta crísis suprema habia sido Luciano de Samosata, griego ingerto en latino, cuya impía y sarcástica voz tanto daño hiciera á los teólogos y filósofos gentiles, acusándolos de hipócritas y falsarios, y predicando la virtud por la virtud, tal como aquel pagano la entendia; pero ni de él, ni del heróico y sublime Juvenal, que tambien habia fustigado valerosamente con sus inmortales versos á la corrompida Roma, ni de Marcial, Plauto y Terencio y otros censores de las públicas costumbres necesito hacer detenida mencion; pues á nadie se oculta que la Sátira, en todos sus aspectos, lo mismo en la comedia que en el libro, lo mismo en el pasquin anónimo que en la cancion popular, es y no puede ménos de ser moralizadora ántes que artística, como que tiene por musa el bien y por objeto de sus iras el vicio.

¡Respiremos, señores! Hemos llegado á los tiempos cristianos: es decir; hemos llegado á nuestros dias, con lo que mi tarea puede darse por casi terminada. De aquí en adelante todos depondrán claramente en mi favor, y mi único trabajo será elegir entre el sinnúmero de testigos... —En efecto: ¿quién negará que toda la civilizacion hija de la Cruz ha sido en esencia el reinado del espíritu sobre la forma? ¿Qué pudiera yo añadir en este punto á lo que sabe el más ignorante, á lo que palpita en su corazon, á lo

que brilla en el santuario de su alma? Y si de tal modo han pensado y sentido universalmente los cristianos, ¿qué no habrán expresado en sus obras los poetas y los artistas?

Diez lentos siglos, los diez siglos de la Edad Media, pasan ante nuestra imaginacion como un solo éxtasis de los pueblos redimidos por Jesus...—«¡Hierro y tinieblas por doquier!»... Es cierto: hierro y tinieblas cubrian la haz de la trasfigurada Europa... Pero en las entrañas de aquellas tinieblas residia lo infinito. ¡Y qué relámpagos tan deslumbradores salen de aquel caos!...—Prescindo de la predicacion de la Ley de Gracia: prescindo (aunque, por la forma artística de sus escritos, pudieran servir, si no han servido, de modelo á la poesía moderna) de las sublimes obras de los Santos Padres: prescindo tambien de los Poemas y de los Códigos que se escribian, en el nombre de Dios Omnipotente, al par que se realizaban aquellos otros poemas en accion llamados las Cruzadas, la Guerra hispano-árabe de los Siete siglos y el Descubrimiento de América, gloriosísimos empeños todos, que formaron de consuno las Lenguas con que hoy se infiere agravio á aquella Edad, y los pueblos y Estados que ya reniegan de sus fundadores... — Sólo hablaré de dos obras magistrales, esencialmente literaria la una, y esencialmente artística la otra: sólo hablaré de un poeta y de un pintor que resumen el espíritu romántico y religioso de la Edad Media, y que parecen el alma de aquellas Catedrales góticas donde la piedra se espiritualiza hasta desvanecerse en la idealidad del concepto puro: sólo hablaré de Dante y de Beato Angélico... ¡Nadie habia expresado hasta entónces con la lira ó con el pincel sentimientos tan místicos, tan elevados, tan inmateriales como los de esos dos ascetas de la forma! ¡Nadie los ha expresado despues, como no sean algunos genios contemplativos de nuestra patria! Pues bien, señores: no

la adoracion del Arte, sino la sed de justicia y el amor del Cielo inspiraron aquellas inefables visiones de *La Divina Comedia* y del cuadro de *La Anunciacion*, seráficos ensueños del alma, milagros de la fe, revelaciones de lo infinito, que bastan á caracterizar las Artes y las Letras de las diez centurias que mediaron entre la caida del Imperio de Occidente y los dias del Renacimiento.

¡El *Renacimiento!*—Sabía de antemano que esta fecha crítica de la civilizacion de Europa era otra de las posiciones estratégicas en que podían aguardarme los partidarios de la libertad de pecar de las Musas; pero ya observaríais más atrás que me apercibí á tiempo contra semejante emboscada. Me limitaré, pues, á decir, apoyándome en axiomas anteriormente establecidos, que aquel decantado Renacimiento, independiente de los ideales contemporáneos, no tuvo vida propia. Con todo su esplendor y magnificencia, que yo no le disputo, fué en sustancia una falsificacion de sentimientos ajenos, un anacronismo voluntario, una primavera artificial. Sus flores habían abierto, no al influjo del sol, sino de las estufas de las Academias. El artista no buscaba la forma en su inspiracion, sino excavando en las ruinas de los edificios paganos. No se discurría; se calcaba. Dejó de haber modelos vivos: la Antigüedad lo daba todo hecho. Debajo de la túnica de María se vislumbraba el cadáver de Niobe. La Muerte servía de maniquí.—Pues, áun así y todo (¡oh desencanto para los materialistas del Arte!), no hay obra alguna de aquellos tiempos que no abogue en favor de mi tésis. Todas encierran un fin moral, ora cristiano, ora gentil. En el primer caso, sus autores habían procedido como artistas: en el segundo, como eruditos. Pero ello es que ni uno solo dejó de pedir inspiracion á la fe propia ó á la extraña para que su engendro no careciese de naturaleza mo-

ral. Apelo á todas las obras de Vinci, de Rafael y de Miguel Angel, titanes de aquella revolucion, y al Tasso y al Ariosto, que la representan en la Literatura.

¿Y despues? ¿qué ha sido de las Letras? ¿qué ha sido de las Artes? ¿Han renegado en algun pueblo del ideal generoso que las produjo, para convertirse en idólatras de sí mismas?—Veámoslo rapidísimamente.

De España no tengo que hablar. Aquí, por la misericordia de Dios, no ha habido nunca el menor asomo de idolatría para las obras humanas. Esta es la tierra de los enamorados, pero no idólatras, de la hermosura; de los paladines del honor; de los mártires de la patria; de los soldados de Jesus; de los siervos de María. Aquí no se ha concebido jamás eso de *el Arte por el Arte*, sino el Arte por la devocion, el arte por el amor, el arte por los cuidados del alma. Esta es la tierra de los llamados soñadores, de los ascetas, de los héroes, de los hidalgos, de los *Quijotes* de la Historia; es decir, la tierra de la fe incondicional, de los afectos absolutos, de los sacrificios sin límites, de los ideales sobrehumanos, donde plugo al Cielo que naciesen, no sólo andantes caballeros, sino tambien esos Hércules de la caridad que se llaman San Juan de Dios ó D. Miguel de Mañara. Aquí la poesía lírica tiene por maestros á Berceo, Alfonso X, Juan de Mena, Jorge Manrique, San Juan de la Cruz y Fray Luis de Leon, cantores de la muerte y de la inmortalidad, que no concibieron más bien que el que es Bien Sumo. Esta es la tierra clásica del amor desinteresado y de la dificultosa teología para los casos de honra; la tierra de los caballeros y devotos de Calderon, de las nobles mujeres de Lope de Vega y de los desfacedores de agravios del inmortal Cervantes. Aquí todos han escrito creyendo, enseñando, criticando, moralizando, poniendo en lucha el deber y la pasion, la Moral y el deseo,

el bien y el mal, para adjudicar el premio á la virtud y someter los apetitos al imperio de la conciencia. Nuestras envidiadas pinturas llevan los nombres de Murillo, Ribera, Zurbaran, Alonso Cano, Juanes, Morales, Claudio Coello..., para quienes el caballete no fué más que un altar en que quemaron la mirra y el incienso de su inspiracion...—El mismo Velazquez, el pintor realista (como se dice ahora) es todo filosofía, todo moralidad, todo devocion, cuando rompe los estrechos límites del retrato ó del encargo.—Y, en punto á escultores, puede decirse que, si por acaso los tuvimos, sólo labraron la piedra ó tallaron la madera para representar á Cristo y á sus Mártires. ¡Nunca fué su empeño hacer un ídolo del cuerpo humano! Antes pusieron todo su afan en espiritualizar la materia.

Pero me abruma y me sofoca la multitud de pruebas que acuden á mi imaginacion en apoyo de lo evidente, de lo inconcuso. Acabaré, pues, por lo tocante á España, citando de nuevo la obra más admirable del ingenio nacional y tambien del ingenio humano.—¿Qué es el *Don Quijote*? ¿Qué significa para la Moral esa creacion maravillosa, tan venerada en toda la tierra? ¿Es meramente, como algunos dicen, una sátira contra los Libros de Caballerías, que Cervantes consideraba dañosos á las buenas costumbres, y acaso, acaso, una caricatura del espíritu aventurero de los políticos españoles, personificados en Alonso Quijada? ¡Pues ya tenemos aquí el *fin útil* de la grande obra!—¿Es, por el contrario, y como yo creo, una sátira contra el egoismo, contra la injusticia, contra la ingratitud, contra la grosería del vulgo alto y bajo, y contra el escarnio que hace y mala cuenta que suele dar de aquellos generosos paladines que se aventuran á luchar y sufrir por el prójimo? ¡Ah, señores! En tal caso, ¡qué desagravio de la

Moral! ¡qué alegoría tan bella y tan consoladora! ¡cómo se ufana el bueno de padecer persecuciones por la justicia! ¡cómo bendice el poeta los molinos de viento de sus ilusiones! ¡cómo se reconcilia el mártir con la Dulcinea de su esperanza! ¡qué grotesco y odioso ha resultado el materialismo! ¡qué grande y benemérito aquel noble demente! ¡cuán excelsa y amable su poesía! ¡qué vil la prosa de Sancho Panza!

Tal es á mi juicio el sentido, profundamente espiritual, y por lo tanto moral, de las Letras y las Artes españolas; y tal, aunque con diversos caracteres, contemplo la naturaleza íntima de todos los grandes poetas y artistas europeos en el decurso de la Edad Moderna.—Miremos, si no, de pasada las dos ó tres figuras que, como soberanas cumbres, descuellan sobre las demas; y terminemos, que ya es hora.

A la parte de Inglaterra, vemos asomar la noble frente de Shakspeare, coronada de inmarcesibles lauros. Nadie le niega ya á ese gigante el título de «el más grande dramaturgo del universo.» ¿Y qué fué en puridad? ¿Un artista de la forma? ¿una especie de mecánico, ó escenógrafo, que disponia arbitrariamente lo que hoy suele llamarse *Cuadros vivos*, sacrificando la verdad al simple efecto y buscando á todo trance los alaridos de terror del público? ¿Fué, en suma, un servidor de *el Arte por el Arte*?—¡Ah, no! Su gloria tiene más sólido cimiento. Sus dramas son el espejo de la vida y la autopsia de la conciencia. Al oir hablar ó al ver moverse á *Hamlet*, á *Macbeth*, á *Otelo*, á *Glocester*, al *Rey Lear*, el espectador cree que se asoma á los abismos del alma y que ve allí la cuna de las pasiones, las escondidas fuentes del bien y del mal, el antro donde se engendra el crímen, la ignorada gruta donde van juntándose las lágrimas, la fuerte roca donde

se cristaliza el diamante de la virtud, la hirviente lava que ha de hacer temblar la tierra... Cada afecto ó cada pasion, cada heroicidad ó cada culpa, lleva al lado su ángel ó su demonio, su recompensa ó su castigo. El Remordimiento es siempre la tremenda furia que desencadena el autor contra los malos. Dios misericordioso está siempre en el fondo del drama, consolando á los buenos con la paz de la conciencia. Por eso las obras de Shakspeare son tan dulces y tan edificantes en medio de todos sus horrores. Su última lontananza es el cielo. Allí triunfa Desdémona, la inocente víctima del Moro; allí está Antonio, el sublime deudor del Judío; allí los Amantes de Verona; allí Ofelia; allí los hijos de Eduardo; allí el Rey Lear, segundo Laocoonte, no atormentado por serpientes, sino por sus ingratas hijas.

En la docta Alemania surge otro coloso, cuyas singularísimas obras, producto de un genio inmenso, tampoco desmienten mi afirmacion. Y cuenta, señores, que se trata de aquel revolucionario que en la Poesía moderna representa lo que Platon en la Filosofía antigua; de aquel que soñó con una religion filosófico-humanitario-universal y en su triunfo definitivo sobre las dogmáticas, sin sospechar que en pos de las escuelas metafísicas de su tiempo vendria el materialismo; de Goëthe, en fin; del autor de *Las Afinidades electivas*, del autor de *Fausto*, del autor de *Werther* y de tantas otras gigantescas temeridades como perturbaron la Europa á fines del siglo pasado. Con todo, Goëthe, en la parte meramente literaria de sus creaciones, en lo dramático y en lo lírico, rinde culto á la Moral de su época, en la parte filosófica se afana constantemente por el *bien absoluto*, y, si considera el Arte con una serenidad olímpica que tiene poco de humana, esto mismo contribuye á que, como Horacio y como Schiller, eleve la probi-

dad á la categoría de belleza.—No puedo detenerme á citar ejemplos: sólo indicaré uno. La virtud de Margarita, vencida un instante por todo el poder del Infierno, valido de las armas del Amor, se purifica luégo en el Jordan de las lágrimas y llega á triunfar de Mefistófeles, arrebatándole el alma de Fausto.—«*Sube.... Sube... ¡que él te seguirá!*», dice la MADRE GLORIOSA á la pecadora arrepentida.

Lord Byron, portentoso cuanto desventurado genio, encarnó, por decirlo así, la poesía lírica, romántica, subjetiva, soberbia como Lucifer, cósmica y personal á un tiempo mismo, que nació del divorcio del Cielo y de la Tierra.—Huérfano el Arte, habíase prendado de la Naturaleza, considerándola huérfana tambien, y contábale, como ántes á Dios, los infortunios de la humana vida.—Byron recorre la Europa y el Oriente, llorando, maldiciendo, mostrando doquier las llagas de su alma y escribiendo en variedad de tonos la tragedia de sus desventuras; monólogo autobiográfico que imitaron luégo sus rapsodas ó sus discípulos, bien que muchos de éstos, por necesidad de escuela, fingiesen dolores que no sentian. De cualquier modo, la verdadera poesía byroniana, la poesía cómplice del mal, la poesía rebelada contra Dios, ofrece un dichoso contraste, á falta del cual no resultaria artística, sino ruin y oscura como la blasfemia, y es, que sus propias lamentaciones, su fondo elegíaco, su incurable melancolía prueban al mundo que sin creencias ni virtudes no puede haber felicidad ni reposo. Aquella angustia y desesperacion que van unidas á sus impiedades y sarcasmos son tan moralizadoras como lo fuera una buena estatua de Orestes, de Cain ó de Satanás, sobre cuyo rostro hubiese impreso el escultor con mano maestra el espanto del crímen, el horror del remordimiento, ó la tristeza de un alma precita. Sólo por

contraposicion, el bien y la inocencia aparecerian amables y apetecibles, y, consiguientemente, desagraviada la Moral.—Fuera de esto, el mismo Byron, al modo de un ángel caido, suspira á todas horas por esa inocencia y por ese bien, por la fe que perdió y por el cielo de que se cree desterrado, hasta que finalmente va á exhalar su último canto y á dar su vida en aras de un sentimiento noble y generoso.

Una palabra acerca de Francia; pues aunque poco, muy poco sustancial hay que decir de ella, no debo pasarla por alto.—Francia no ha creado nunca verdaderas escuelas artísticas ni literarias.—Aplíquese á Racine y á Corneille lo que he dicho del Renacimiento, y se tendrá mi humilde opinion respecto de tan ilustres dramáticos. Sus mejores obras están vaciadas en moldes greco-latinos, no sólo en la forma, sino hasta en la escncia, salvo alguna ocasion en que nuestro Teatro les sirve de modelo. Como quiera que sea, Racine y Corneille no dejan nunca de proponerse un fin útil y saludable, como lo preceptuaba Boileau; ya la misma moraleja de la primitiva fábula pagana, ya alusiones políticas ó patrióticas. ¡Hasta Voltaire, el Luciano del siglo XVIII, preconiza el bien y la virtud siempre que se calza el coturno trágico, y si algunas veces rebaja la poesía al fango de los Ovidios y Lucrecios, es impulsado por aquel fanatismo negativo que á él le parecia la suprema moralidad.—En cuanto al gran Moliere, gloria legítima de Francia, su mejor elogio será decir que hizo tantas buenas obras como obras buenas. *El Avaro, El Misántropo* y *El Hipócrita* no fueron ménos aplaudidos de los hombres de bien que de las personas de buen gusto.

En el siglo presente, la literatura francesa ha ido descendiendo, y haciendo descender las Letras latinas, desde el romanticismo objetivo, que predicó *lo inmoral, creyén-*

dolo moral, hasta el género bufo, que enseña *lo inmoral*, *á sabiendas de que lo es*...—Pero respetemos al delincuente en la hora providencial del castigo... Respetemos el dolor de un pueblo humillado, y pidamos tan sólo que la pena vaya seguida del escarmiento.

He concluido mi larga y laboriosa tarea. Creo haber probado, señores Académicos, con razones filosóficas al principio, y despues con el propio testimonio de las Letras y de las Artes, que la Belleza es una incógnita metafísica como la Verdad y la Bondad, de las que nuestra limitada razon sólo vislumbra desde la tierra algunos pálidos reflejos: he intentado demostrar que estas tres ideas *madres* son distintas entre sí (pero consustanciales en esencia) y distintas sus esferas de accion (pero concéntricas y armónicas); de tal suerte que nunca llegan á contradecirse: y he deducido, en consecuencia de todo, que, si la Moral no puede considerarse como exclusivo criterio de belleza artística, tampoco puede haber belleza artística indiferente á la Moral, á ménos que se niegue la indivisible unidad de nuestro espíritu.

No os habrán sorprendido, por lo demas, la viveza y el calor con que he tratado un asunto que hasta ahora sólo había dado márgen á ceremoniosos torneos didácticos; pues demasiado sabreis que la teoría de *el Arte por el Arte* está hoy relacionada con otras á cual más temible, y que juntas socavan y remueven los cimientos de la sociedad humana.—Comenzóse por pedir una Moral indepen-

dientė de la Religion: pidióse luégo una Ciencia independiente de la Moral: en voz baja empieza ya á exigirse que independiente de la Moral sea tambien el Derecho, y á grito herido reclaman los *Internacionalistas*, dejándose de contemplaciones y yendo derechos al bulto, que se declaren asimismo independientes de la Moral las tres entidades sociales; el Estado, la Familia, el Indivíduo. ¡Es decir, señores, que los ateos, pasando del humanismo sin Dios al humanismo sin alma, y del humanismo sin alma al *bestialismo* (última palabra de los materialistas), reniegan ya juntamente del Dios del cielo, de los Reyes de la tierra, de la autoridad histórica, de todo vínculo social, de la sociedad misma, de la propiedad, de la casa, de la esposa, de los hijos, hasta de sí propios, ó sea de su condicion de criaturas racionales, pidiendo, en cambio, á la luz del petróleo y entre las ruinas causadas por el incendio, la anarquía universal, el amor libre y la irresponsabilidad de las acciones humanas!

Pues bien: en circunstancias tan pavorosas y terribles; sin parar mientes en que el soberbio edificio de esta civilizacion negativa tiembla ya bajo nuestros piés, es cuando hay maestros de estética que se atreven á proponernos que el *Arte*, el gran elemento conservador, prescinda tambien de sus aspiraciones espirituales, de los dictados de la conciencia, del amor al bien, de todo respeto á la Moral! ¡Proceden, en verdad, lógicamente esos peregrinos doctores si, como presumo, pertenecen á la *extrema izquierda* de la filosofía novísima! ¿Para qué la Moral, si no hay Dios, si no hay alma, si no hay hombre, si no hay más que fenómenos físicos sobre la tierra?—Pero vosotros, oradores, poetas, músicos, escultores, pintores, arquitectos, que vivís la vida del espíritu, y vosotros tambien, meros aficionados á las Letras y á las Artes, que acudís á

estas solemnidades académicas, y á los Teatros, y á los Liceos, y á las Exposiciones artísticas, ganosos de útiles y dulces espectáculos que consuelen y animen vuestro corazon en este siglo de la materia por la materia; vosotros rechazareis altivamente esa teoría sacrílega, fruto ponzoñoso de un nuevo satanismo, enemistado con el Bien, que desea proscribir la Moral de todas partes, que ya ha reducido mucho el imperio de la Virtud, y que hoy nos declara sin rebozo (en nombre de no sé qué Belleza sin alma) *que quiere ser dueño de practicar el mal!* ¡Para vosotros, la fe en Dios, la augusta idea de la inmortalidad del espíritu, los triunfos sobre las pasiones terrenales, los sacrificios del egoismo animal, la penitencia, la limosna, la castidad, el perdon de los agravios, el amor al enemigo, serán siempre la verdadera vida y la verdadera sublimidad del hombre en este bajo mundo! ¿Cómo no, si triunfar del cuerpo, redimir el alma, sobreponer lo moral á lo físico, es el atributo esencial y genérico que distingue al sér humano de la bestia?

En ese terreno, y no en ningun otro (digámoslo con vergüenza y amargura), hay que dar hoy la batalla á los impíos. Ya no se trata de comparaciones y diferencias entre esta y aquella Moral ó entre tal y cual Religion positiva. ¡Ni tan siquiera se trata de si hay ó no hay Dios!... El mal está más profundo: la gangrena roe más abajo. Se litiga si hay ó no hay espíritu, si hay ó no hay alma, y con probar nosotros que la hay, lo habremos probado todo. ¡De haber alma, tiene que haber mejor vida; tiene que haber Dios; tiene el hombre que responderle de sus actos; hay necesidad de Moral; podremos subsistir sobre la tierra!

Defended, pues, ¡oh soldados del sentimiento! los timbres de vuestra naturaleza empírea, de vuestra divina al-

curnia! ¡Defended que sois hombres! ¡defended que sois inmortales!...—Por lo que á mí toca, miéntras aliente y pueda escribir ó hablar, seré el paladin del alma. Ella es mi Dulcinea. En la Religion, en la Historia, en la Poesía, en las Artes, veré siempre lucir su maravillosa hermosura! Digan otros que la señora de mis pensamientos no es más que un vulgar conjunto de *fuerza y materia*, como el que, segun cierto sabio á la moda (1), dirige las funciones del cerebro humano. Para mí no dejará nunca de ser la inmortal Princesa de incomparables gracias á quien debo las únicas alegrías que recuerdo sin abochornarme, las horas mejor empleadas de mi vida, mis ensueños poéticos, mi mansa felicidad, el consuelo de todos mis dolores y la inmarcesible esperanza que, como fiel siempreviva, me acompañará hasta el sepulcro.

¡Oh dulce concierto! *Espiritual* y *moral* son ideas inseparables. Todo lo que eleva al hombre sobre la materia lo fortifica y lo mejora, bien sea la contemplacion de la naturaleza muda, que apénas sabe balbucear su himno de agradecimiento al Criador, bien el divino arte de la Música, que tánto habla al espíritu con los indeterminados acentos de su misterioso idioma. Llora el mortal entónces, sintiendo más que nunca la inefable nostalgia del Cielo, y sus copiosas lágrimas, acerbas al principio, son al cabo puras y alegres como aquellas últimas gotas de la lluvia que abrillanta el sol despues de la tempestad y que sirven de gala y regocijo al indultado mundo. Indultada de su destierro se cree tambien la mísera criatura cada vez que el entusiasmo la purifica con aquel noble lloro equivalente á una plegaria; y, presintiendo, en su éxtasis, la hora del perdon y de la libertad, ó sea el instante de la benigna

(1) Buchner.

muerte, recobra fuerza y virtudes para seguir peregrinando hácia su patria.—Y, pues esto es así; pues que nuestra jerarquía sobre la tierra consiste precisamente en vivir fuera del tiempo que se cuenta y del espacio que se mide; pues que los ídolos de barro, las beldades del mundo, nuestras inspiraciones y nuestras obras pasan ante la Eternidad *sicut nubes*, *quasi aves*, *velut umbra;* pues que nosotros mismos somos huéspedes de un dia en este pobre globo que se disputan la luz y las tinieblas..., á tal extremo ¡ay de mí triste! que al entrar hoy aquí (aunque tan temprano me habeis llamado), no me aguardan ya los brazos de aquel que amé con filial cariño y cuya sombra amiga todos me recordais (1) (como tal vez muy pronto sólo quedará una vaga memoria de mi paso por esta Comunidad); pues que sueño es la vida, humo leve la gloria, nuestras bellezas ilusion, litigios nuestras verdades, y único bien duradero la esperanza de lo absoluto, considerad, señores, si hay razon y fundamento para que, desdeñando los ideales finitos, y buscando digno término remoto á nuestras obras, nos elevemos á la contemplacion del Eterno Sér en quien juntamente residen la Suma Verdad, la Suma Bondad y la Suma Belleza.

He dicho.

---

(1) D. Nicomedes Pastor Diaz.

CONTESTACION

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. CÁNDIDO NOCEDAL.

Señores:

Un ilustre compañero nuestro, que goza ya de mejor vida, procuró en bellísimo libro, á que puso por nombre *La Mujer*, llamar la atencion sobre el incidente de mayor importancia en las tertulias; tan grande por lo ménos, dice, como la entrada de cualquier individuo nuevo en una corporacion: la presentacion de un nuevo tertuliano.

Sucede con mucha frecuencia, añade, que el presentado suele tener en la tertulia donde se le presenta más profundas simpatías que el cándido presentante. Ni más ni ménos sucede en el caso de hoy. Yo, que presento al señor Alarcon ante la Academia Española, no he podido aún, al cabo de diecisiete años trascurridos desde que tomé asiento en sus preciados sillones, ni justificar mis títulos, ni siquiera caer en la cuenta de por qué esta sábia corporacion me abrió sus puertas. Y héme aquí, cándido presentante en ella de uno que las tiene de par en par abiertas, porque los sufragios de sus compañeros se han ceñido á reconocer grandes merecimientos pregonados por todas las personas competentes, y por la general y bien adquirida fama. La Academia Española en este dia, como

en muchos otros, reconoce y declara, ó si se quiere sanciona, lo que el público y los doctos unánimemente han decretado, es á saber: que el ingenioso autor de *La Alpujarra* y *El escándalo*, y del drama intitulado *El hijo pródigo*, y de *El suspiro del moro*, y del precioso cuento *El sombrero de tres picos*, y de tantas otras composiciones en verso y prosa, todas agudísimas y llenas de inspiracion y de gracia, es digno, dignísimo de sentarse entre los próceres de las letras españolas, para que los ayude á cumplir los patrióticos fines de su instituto.

Así, de hoy en adelante, la Academia, que ve mermadas sus gloriosas filas con pérdidas nunca bastante lloradas; que echa de ménos á hombres como Angel Saavedra, duque de Rivas, el cual bondadosamente me apadrinó á mí en ocasion idéntica por recuerdo cariñoso de haber derramado su sangre hidalga al lado de mi buen padre en la guerra de la Independencia; y como Breton de los Herreros y Ventura de la Vega, y Pidal y Donoso, y Aparisi y Catalina; la Academia, digo, que tiene ahora mismo el buen gusto y la honda pena de considerar como presente al insigne Hartzenbusch, ausente por enfermo casi todos los dias en que celebramos junta, contará con la ayuda inteligente y vigorosa de Alarcon para cultivar y fijar la elegancia de la lengua castellana, para formar un arsenal precioso de estudios crítico-literarios, históricos y filológicos, que sirvan de guía, enseñanza y deleite á los estudiosos; y para fomentar las letras, ya juzgando con acierto en los certámenes, ya informando con recta imparcialidad al Gobierno sobre las obras dignas de su apoyo y proteccion, ya enseñando con el ejemplo de las suyas, bien pensadas y elegantemente escritas.

Lo que no todos saben, y merece saberse, es que el Sr. Alarcon ha cursado con fruto la primera y más alta de

todas las ciencias, la que se adorna con el cándido color de la pureza, la que trata de Dios y de sus atributos, la sagrada Teología. Su presencia en la Academia Española es útil, no sólo como hijo predilecto de las Musas, sino como entendido en el ramo del saber que hoy, por desgracia, halla ménos cultivadores en esta corporacion. Viene, pues, de una parte, nuestro nuevo compañero, en auxilio de los grandes escritores que pueblan estos escaños; y de otra, á compartir las faenas del P. Fernandez, docto y elocuente académico de número, y de nuestros renombrados correspondientes, el Sr. Benavides, Patriarca de las Indias, el Sr. Monescillo, Obispo de Jaen, autores uno y otro de oraciones fúnebres en las honras de Cervantes que acrecentaron, si es posible, su justo renombre; y el R. P. Fidel Fita, en cualquier linaje de estudios profundísimo, sabio á toda ley, no de aquellos de similor que engañan á la ciega muchedumbre, modesto y generoso: lo cual no maravilla á los que conocen que es soldado de la santa milicia fundada por San Ignacio de Loyola, gloria de Guipúzcoa, honor de España, admiracion del mundo, y regocijo del Cielo.

Cuando se enaltece á un orador cuyas palabras se ha llevado el viento, queda lugar á la desconfianza y á la duda; con especialidad ahora que todos son oradores de nota á los ojos de su partido. Pero con Alarcon no pasa esto: ahí teneis sus excelentes obras, dadas á la estampa; ahí está el discurso que os ha leido, impreso, para que no os dejeis llevar de fugaces juicios apasionados. Ahí teneis esa oracion gallarda, en que noblemente se vuelve por los fueros de la bella y verdadera literatura, reclamando el dictado de obras excelentes del ingenio para las que confiesan á Dios, para las que rinden culto á la virtud, para las que enaltecen al hombre, dotado de alma inmortal,

hecha á imágen y semejanza de su Criador omnipotente.

Dice muy bien el Sr. Alarcon: es aborrecible eso que se llama el arte por el arte. No se puede tolerar, no se debe consentir, ni en artes ni en letras, la preocupacion impía y salvaje de la forma por la forma misma, de la forma como objeto, como fin único ó esencial de letras y artes. No; eso no es arte ni literatura; eso es iliterario y antiartístico. Quien acaricia la insensata pasion de hacer admirar en sí misma una forma artística, y producir efecto exclusivamente por la forma, ese destruye la primera condicion del arte, la cual no es otra que la expresion de la idea. El que rebaja las letras al humilde terreno del *realismo,* hoy al uso, mutila al hombre, decapita su personalidad, y convierte el cuerpo, no en cárcel, sino en tumba del alma. Bueno es—¿quién lo duda?—que el cuerpo esté sano, y áun mejor si parece hermoso y bien proporcionado; pero el alma es la destinada á la suprema belleza, á la angelical hermosura, á los esplendores de la inmarcesible gloria perdurable. Lo mismo sucede en las artes: sus producciones han de tener espíritu y cuerpo. Cuídese en buen hora el cuerpo, la forma, la expresion: reconozco su valor, y un valor no así como quiera grande, sino muy importante; pero la idea es lo principal, la forma su sierva, dócil y sumisa, sin la necedad y locura de pretender erigirse en señora; sierva que sabe cumplir con su obligacion esmerándose en que la idea á quien sirve sea simpática, agradable, bien recibida por todos en todas partes, distinguiéndose en la limpieza, galanura y buena disposicion. La señora manda y dirige; es Rey que reina y gobierna: la forma es un ministro de ineludible responsabilidad cuantas veces no acierte á abrir paso fácil, llano, agradable y simpático á la reina y señora á quien presta vasallaje.

En nada se ve con tan grande claridad esto como en la oratoria. Supongamos que una gran idea, profunda, luminosa, civilizadora y áun salvadora, sabe hallar su defensor y propalador en un hombre elocuente: la idea será comprendida y aplaudida por la muchedumbre; el mundo deberá su salvacion á la idea, y la idea su pronta y rápida popularidad al orador elocuente: la forma fué hasta allí un servidor que cumplió bien y fielmente su obligacion más sagrada. Supongamos ahora que la idea ocurrió á un hombre de palabra difícil y áun soñolienta, y que el auditorio le vuelve la espalda huyendo el fastidio que se había de convertir en invencible modorra. La idea seguirá siendo hermosa y salvadora, pero sin cuerpo donde encerrarla y hacerla sentir y amar del público. En el primero contemplamos al gran orador: en el segundo echamos de ménos algo, mucho, para otorgarle aquel nombre. Pero todavía, así y todo, puede ser útil al género humano, porque si le llega á entender (que sí llegará si la idea es verdaderamente buena) algun orador cumplido, y se la apropia, y la explica y la hace amable, el mal encontró afortunadamente remedio. Mas suponed ahora un hombre que dé al viento *palabras, palabras, palabras,* que suenen bien y nada enseñen en substancia. Este tal, aunque se haga aplaudir, que no se forje ilusiones jamás: ni es gran orador, ni sigue las tradiciones del arte cultivado por el saber y el ingenio verdadero desde las edades más remotas. Le aplaudirían como se aplaude un bien acondicionado instrumento ó á un hábil instrumentista. Pero un instrumentista, un mero instrumentista, no es Mozart, no es Bellini, no es el gran compositor, no es el gran músico, no es el creador sublime de belleza; como el forjador de resonantes y verbosos períodos, no es, por solo esto, grande orador. Y si no, que lo ponga á prueba: el orador insigne convence, con-

mueve, arrastra; pues bien, que este de que voy hablando quiera, con la altisonante arenga, arrastrar en pos de sí á sus oyentes á reñir empeñada batalla, y verá cómo queda solo, y su auditorio riendo de la candidez con que pudo creer que los aplausos dispensados á la palabra vacía habían de igualarse con aquellos, quizá ménos ruidosos, dispensados á una idea grande, expresada con acierto, con exactitud y con belleza. Esto es elocuencia; para lo otro tiene una frase hecha el castellano: aquello es *hablar por hablar*.

Produce más utilidad y deleite oir cómo dulcemente gorjean los ruiseñores en la enramada, y cómo, al cruzar por ella, con manso ruido gime el viento miéntras le saludan temblorosas las hojas de los árboles y sus copas se mecen con movimiento blando y suave; y rompiendo su cristal en perlas, se arrojan desde lo alto las cascadas, y bordan la pradera los alegres y fresquísimos arroyos. El orador vacío nada dice al alma humana; y por el contrario, los trinos de las aves y el rugido de las fieras, el bramar de los vientos y el dulce susurro de la fuente, y del arroyo y del rio, y las olas encrespadas de alborotada mar, componen un himno sublime al autor de todo lo criado. Entónces el alma se eleva desde la contemplacion de las cosas que oye y ve, á las que no ve ni oye, y que realmente son; el corazon, lleno de amor y de agradecimiento, se rinde á adorar al autor de todas las cosas visibles é invisibles, dóblase involuntariamente la rodilla, y salta del pecho regenerado enardecida la voz humana á celebrar las glorias de Dios, criador y conservador providente del universo.

La fe es precisa, indispensable á toda criatura humana; pero más que á nadie al orador, al poeta, al artista. Por eso no merecen tal nombre, ni producen obras de arte verdaderas los incrédulos. Contemplad al verdadero artista: ale-

gre cuando ha visto el ideal de una obra, se entristece conforme adelanta en ella; y al terminarla, el mundo aplaude, y él está descontento, porque no ha podido hacer con sus manos ó con su palabra todo aquello que adivinó, y vió, y contempló en el instante de la inspiracion divina; porque el cuerpo no sabe realizar todo lo que el alma siente ó presiente; porque el alma, desterrada del Cielo, aspira al Cielo, y los grandes artistas consiguen entreverle. El cuerpo, cárcel estrecha, no alcanza á tanto; la bestiezuela de la carne limita los horizontes del poeta y del artista; y miéntras el alma forcejea por subir hácia lo alto, el cuerpo miserable se desploma hácia la tierra. En esta lucha, el gran artista sube lo bastante para asombrar al mundo, pero nunca todo lo que su alma había concebido; porque al ir á realizarlo, se encuentra el alma desterrada y prisionera.

Ahora bien, el arte por el arte, no es sino el *realismo*, como ahora se dice: el cual, definido por sus apologistas, consiste «en que los hombres, desprendidos del mundo sobrenatural y viviendo en el mundo real, quieren contemplar, no ideas ni símbolos, sino personas y cosas; porque ellas no son un signo al través del cual se manifiesta el pensamiento místico, sino que tienen valor y belleza de por sí, y la mirada se fija sobre las cosas reales, tales como ellas son, con tal de estar bién copiadas é imitadas, sin que las abandone un punto para pasar adelante ni pensar más allá.» O sea, como dice un gran orador cristiano, «supresion del *más allá;* las perspectivas de lo ideal, cerradas á la contemplacion y á la expresion de los artistas.» Es decir, obras para los ojos, para los sentidos groseros y deleznables, no para el alma nobilísima é inmortal.

Pues, ante todo, el que imita así á la naturaleza, no piense que la imita exacta y completamente; por el contrario, la envilece y la mata. No quiero yo, ni quiere na-

die, que las artes y las letras prescindan del mundo real; pero queremos que no se prescinda de lo ideal, de lo sobrenatural que late y palpita en lo real. Quien no lo sienta latir y palpitar, no es artista ni poeta.

En segundo lugar, yerra el que da nombre de artista al servil imitador de la naturaleza: las artes no se limitan á imitar, sino que aspiran á interpretar la obra de Dios á los ojos de la muchedumbre. Así como saliéndose del cuerpo caduco el alma inmortal, la materia se corrompe, del propio modo en prescindiendo de lo ideal, en no viendo en el mundo á su criador, no se interpreta, se copia; no se pintan cuadros, se hacen fotografías á todo lo más; flores de un dia, gustosas de ver á la mañana, marchitas y deshojadas á la tarde.

Mas con esto, sólo habríamos de lamentar la pérdida de las artes: pérdida inmensa, incalculable, deshonrosa, tremenda; pero que al cabo, por sí sola, no traería la fin del mundo. Mas ahí no pára el daño: el daño consiste en que el realismo en las artes, corresponde fiel al materialismo en la ciencia; el daño consiste en que el realismo de las artes y el materialismo en la ciencia, son el sensualismo en la sociedad; y las sociedades que caen en el sensualismo, están á la puerta de la barbarie, y á disposicion del primer conquistador que se digne castigarlas. Un pueblo que pase treinta ó cuarenta años danzando el *can-can,* no solamente en sus bailes de gente perdida, sino en sus dramas, en sus novelas, en sus canciones, en sus cuadros, y hasta en sus edificios, y creyéndose civilizador se entretenga en pasear por el mundo su literatura realista, materialista y sensualista, no hay duda, caerá vencido y humillado ante el primer enemigo que con cualquier pretexto le invada. Ese desventurado pueblo se hallará sin fuerzas para defenderse noble, varonil y heróico; verá caer los

muros de sus fortalezas al simple rumor de las trompetas de sus invasores, aunque no sean estos, ni con mucho, el pueblo de Dios; verá sus meretrices bailar el *can-can* al compas de las músicas extranjeras, á sus avaros contratistas suministrar víveres y provisiones al extranjero enemigo, y buscará su salvacion por el momento en las arcas repletas de sus hijos degenerados.

¡Dichoso mil veces ese pueblo, si contrito vuelve sus ojos hácia Dios, y le desagravia confiando en su Providencia! ¡Infeliz de él, si insensato busca de nuevo los placeres en la contemplacion de la materia deificada, y se venga de su invasor enseñándole las muecas del *can-can!* Si esto hace así, que se prepare á ver abrasados sus edificios soberbios, derruidos sus monumentos insignes, asolados sus feracísimos campos; y no por fuego del Cielo, sino, para mayor ignominia y para escarmiento más terrible, por fuego brotado del infierno, propagado por demonios disfrazados de hombres y mujeres, y mantenido con petróleo. Si la sociedad, con la enseñanza de sus filósofos, con los acordes acentos de sus poetas, con la maravillosa y electrizadora palabra de sus oradores, y con la deleitable seduccion de las artes, formando un himno magnífico y universal, levanta su corazon arriba, sobre ella como benéfica lluvia derrama Dios sus misericordias. Si persiste en el camino de la perversion, y todo espíritu se materializa, y todo corazon se mancilla, la hora se acerca, el castigo está próximo; los festines se suceden, la literatura realista se multiplica, las artes paganas se embrutecen, el cielo se encapota, la tierra se anega, y desquiciado el mundo, vuelve al estado salvaje.

Estos son los frutos del materialismo en la filosofía, del sensualismo en las costumbres, y del *realismo* en las letras y en las artes.

Pero ¿qué culpa tenemos nosotros, dicen los artistas, de que sea el mundo así? La sociedad influye en nosotros, y nos obliga y nos fuerza; dando gusto al público, nos aplaude, y con el aplauso, de suyo agradable y gustoso, vienen pocos ó muchos los medios materiales de sustentar la vida. Con esto nos contentamos en España; en Francia es otra cosa: allí se enriquecen los escritores que siguen el corrompido gusto del público, y riéndose de la multitud, exclaman:

El pueblo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Apresúrome á confesar que, en parte, no les falta razon á los que de esta manera se defienden. Dicen bien, en cuanto aseguran que así se logra mayor ventaja material y positiva; dicen la verdad, en cuanto afirman que los éxitos colosales, espléndidos, beneficiosos; que las repeticiones á centenares de dramas inmorales y las ediciones á docenas de novelas pestíferas, se obtienen dando placer al gusto depravado del público, influido préviamente por máximas que no han nacido en las letras ni en las artes. Pero ¿en qué quedamos? ¿Sois artistas, ó jornaleros? ¿sois poetas, ó mercaderes? Si quereis entrar en el gremio de los comerciantes, no hableis, por Dios, no hableis de vuestra *mision* ni de vuestro *sacerdocio*. Hablad de vuestra industria, hablad del mostrador, matriculaos en el tribunal de comercio; pero no os llameis poetas ni artistas. Contentaos con unas cuantas pesetas, ó con muchos pesos duros, y renunciad á los laureles inmarcesibles de la inmortalidad.

Tambien tienen razon, si dando en su defensa un paso más, exclaman: bien está, cierto es, viciados están nuestros entendimientos, pero no la voluntad. Respirando per-

petuamente un aire corrompido, se dañan nuestros pulmones: devoramos el aire emponzoñado de la sociedad, y devolvemos con creces, sin saberlo y sin quererlo, lo que hemos respirado. ¿Cómo se vive entre aguas estancadas sin padecer de fiebres perniciosas? Si nuestros ensueños son calenturientos, es porque la sociedad en que vivimos es pestilente. Sanead el aire, purificad la atmósfera, y nos hallareis curados: nuestras producciones corresponderán al aire puro, al alimento sano, y devolveremos al pueblo, en libros verdaderamente bellos, y por lo tanto morales, las enseñanzas saludables que recibamos. Pero vosotros, añaden los poetas y los artistas; vosotros, gobernantes, vosotros, filósofos, vosotros, hombres de mundo y de sociedad, vosotros nos inficionais, nos corrompeis, y despues lanzais sobre nosotros sangrientos anatemas porque popularizamos, por medio de obras de arte, entre vuestras esposas, vuestros hijos, vuestros colonos y vuestros criados, aquello mismo que de vosotros aprendimos. ¿Qué hemos de pintar sino lo que presenciamos? ¿Qué hemos de retratar y describir sino lo que vemos? Y puesto que lo que vemos nos lo poneis vosotros delante de los ojos, sed justos, no nos saqueis á la vergüenza, miraos al espejo, y vereis que sois tan feos y deformes como los retratos que hacemos de vosotros.

Cierto; no hay duda, en todo ello les asiste gran parte de razon á dramaturgos, novelistas y pintores:

Todos en Él *pusimos* nuestras manos.

Pero tienen alguna razon, gran parte de razon; no razon completa. Ya se dijo en otra ocasion solemne en esta misma Academia: si no podeis, ó no os atreveis á robustecer con vuestras obras el principio de autoridad en pontífices,

reyes, padres ó maridos; si no acertais, porque oscurece la vista la niebla densa que os rodea, y están falseadas las nociones de virtud y de vicio, á pintar el vicio siempre aborrecible y deforme, y la virtud ciñendo la merecida corona, renunciad, al ménos por ahora, á ser trascendentales; sed siquiera inocentes. «Vuelvan las musas á morar en regaladas florestas, con su gracioso antiguo continente, ceñida de flores la cintura; dejen de andar á pié y descalzas, desaseadas y en cabello por esas calles, y tornarán á ser queridas y respetadas» (1).

¿No podeis nadar, poetas y artistas, contra las corrientes que hoy arrastran al género humano? Pues escuchad el sano consejo que os da un orador eminente en bellísimas palabras: «Yo os lo conjuro en nombre de la literatura y del arte, en nombre de su dignidad y de la nuestra; dejad, dejad caer sobre esas bárbaras tentativas que alcanzan éxitos prodigiosos, tesoros de indignacion valerosa y de generosa cólera: azotad, azotád, y para la mayor gloria de la verdad, de la virtud y del arte, arrojad del templo de las artes á los profanadores de la belleza.—¿No podeis? ¿no osais? Pues ¿por qué y para qué existís? ¿por qué ni para qué llevais el nombre hermoso de poetas, de oradores y de artistas, que á tanto os obliga, si es solamente para seguir las corrientes de depravacion que arrebatan al género humano? ¡Ah! si no teneis otro objeto que precipitar nuestra caida, dejadnos; romped vuestras plumas, destruid vuestros pinceles, destrozad vuestros buriles: no seais cómplices de nuestra caida con vuestras obras: el peso de nuestros errores y de nuestras costumbres basta para hundirnos en el abismo.»

Pero esas palabras son sospechosas; son de un enemi-

(1) Discurso de recepcion del autor de esta respuesta.

go del progreso y de la civilizacion moderna; son de un ultramontano; son de un Jesuita. Pues bien, escuchad; oidlas de un académico que las ha puesto en verso. ¿Direis que es ultramontano el Sr. Nuñez de Arce? Pues oidle:

¡Todo se anubla, todo
Choca, todo está herido!
Pide estragado el arte
Su inspiracion al vicio,
Y entre el alegre estruendo
De infames regocijos,
La sociedad oscila
Sobre el oscuro abismo.
¡Poetas! hasta tanto
Que la borrasca pase,
Colguemos nuestras arpas
De los llorosos sáuces.
Tal vez cuando la tierra
Nuestros despojos guarde,
El viento las sacuda,
Y vibren, giman, canten (1).

Ya lo veis: Nuñez de Arce es poeta, y cuando quiere cantar, en vez de hacerse cómplice de los infames regocijos que nos embrutecen, aniquilan y deshonran, protesta valientemente y hace coro, con inspirados versos, á las inspiradas palabras del elocuente Jesuita.

Y dice más nuestro compañero cuando habla como poeta, que es cuando ve la verdad, inseparable hermana de la belleza, aunque el vulgo piense lo contrario:

Cuando la poesía desfallece
Y cual ébria bacante desceñida
Se revuelca en el fango, y se envilece;
Cuando la muchedumbre descreida,
En torpes espectáculos apura

(1) Nuñez de Arce.—*Gritos del combate*, 1875, págs. 116 y 117.

Los más brutales goces de la vida;

. . . .

Entónces, como el aire corrompido
Que invadiendo el espacio, se dilata
Lento, invisible, acaso no sentido,
La cólera del Cielo se desata,
Avanza sin cesar, muda y sombría,
Y como el rayo y la epidemia mata.
Entónces Dios sobre la raza impía
Que marcha presurosa hácia el abismo,
Sus horrendas catástrofes envía (1).

Pero sucede que el vulgo de los no poetas, suele decir que, mal que nos pese á los ultramontanos y al Sr. Nuñez de Arce, todos los siglos, sin excluir el siglo de oro de nuestras letras y artes, han aportado al acervo comun su contingente de inmoralidad. Á esto, en primer lugar, respondo que no hay que confundir ciertas desenvolturas en el lenguaje con la verdadera inmoralidad; que á oidos inocentes de personas creyentes y piadosas no les puede ofender alguna palabra ó frase, ó pasaje ó escena, de cierta libertad y desenvoltura por su forma externa; que nosotros oimos con malicia y comentamos con fruicion algo escrito en el siglo de oro sin átomo de impiedad ni de inmoralidad; porque el que es creyente, y habla con creyentes, usa de cierto candoroso abandono que es peligroso para un auditorio maligno, así como inofensivo para un pueblo creyente y honrado. Pero áun siendo exacto, como efectivamente lo es, que todos los tiempos, áun los ménos depravados, tuvieron su cosecha de perversas obras, al fin como de hombres, contesta á la objecion nuestro nuevo compañero, de un modo que no admite réplica, en su ex-

(1) Nuñez de Arce.—*Gritos del combate*, 1875, págs. 129 y 130. Por ménos que esto se llama hoy *ultramontano* á cualquiera que lo diga en prosa. Por fortuna, no es ofensa; ántes bien grandísima honra.

celente discurso. Una cosa es producir obras inmorales, y otra matar la conciencia: no puede ser lo mismo afrontar los remordimientos que pesan al cabo sobre quien borrajeó y sacó á luz obras provocativas, que suprimir los remordimientos. Se ha obrado el mal, sabiendo que era malo; pero no se ha tenido la audacia de presentar lo malo como bueno, la bondad como tontería, y la santidad como estéril sacrificio: eso no ha sucedido nunca hasta ahora hace diez y nueve siglos.

¡Pero si se hace más! ¡Si se llega hasta falsear el divino misterio de la Redencion! Las generaciones que nos precedieron tenían costumbre de ver en la escena á D. Juan Tenorio seduciendo incautas doncellas y matando hermanos y padres celadores de su honra, para ser despues tragado por el infierno á vista del aterrado espectador. Ahora no podemos tolerar semajante injusticia: somos tan tolerantes, tan benévolos, tan finos, tan bondadosos, que nos gozamos en la seduccion y el escándalo; y á presenciarlo y aplaudirlo acudimos todos los años, cabalmente el dia de la Conmemoracion de los fieles difuntos; y para falsificarlo todo, necesitamos que D. Juan se salve, y que á nuestra presencia se vaya vestido y calzado al Cielo, no en las alas del arrepentimiento, la contricion y la penitencia, sino por el amor sensual de una mujer que abandona las mansiones celestiales, y renuncia á ellas, no para salvar un alma cristiana diciéndole

¡Ah de tí si no aprovechas
La eternidad de un instante!

sino para requebrar de amores al libertino desalmado é inpenitente.

Si Tirso de Molina levantara la cabeza y viera tal profanacion de su *Burlador de Sevilla*, volveríase luégo des-

corazonado al sepulcro. Afortunadamente, el personaje fantaseado por el fraile de la Merced, y su cristiano poema, conservan el desenlace cristiano en la obra que admira el mundo realzada y sublimada con las melodías de Mozart.

Adviertan los que de Dios
Juzgan los castigos grandes,
Que no hay plazo que no llegue
Ni deuda que no se pague (1).

Pero ¿es cierto que no se pueda ir contra la corriente? ¿Es verdad que sea preciso humillarse ante las depravaciones inícuas, ó romper la lira? ¡Oh! no; Alarcon puede decir en voz alta, y os lo acaba de decir con regocijo, que el Bien ha sido siempre su norte, que se ha propuesto ser útil á la familia y á la sociedad si ensayaba la novela, consolador del espíritu humano cuando pulsaba su arpa. Sin embargo de lo cual, y por ello precisamente, puedo yo afirmar, á presencia del primer cuerpo literario de España, que sus novelas son muy leidas, y sus poesías muy apreciadas. Pues lo que Alarcon hace en medio de los errores contemporáneos ¿por qué no lo pueden hacer todos los peregrinos ingenios de la patria? El público influye en ellos, no lo niego; pero ellos influyen en el público; y puesto que hablan á toda hóra de su *mision* y de su *sacerdocio*, no parece exigirles mucho con obligarlos á que lidien contra la corriente y den pruebas de valor y de vocacion verdadera.

Creerá alguno que Alarcon, en este punto, es un convertido; no por cierto: mi digno ahijado tiene la dicha de

(1) *El Burlador de Sevilla* y *Convidado de piedra.*—Comedias de Tirso de Molina coleccionadas por Hartzenbusch, pág. 589 de la edicion de Rivadeneira.

haberse conducido siempre honradamente en el campo literario. Por el año de 1855, siendo casi niño, escribía y daba á la estampa *La noche-buena del poeta*. Describe la que pasó á los siete años de su edad, en su pueblo: «En mi pueblo, á noventa leguas de Madrid, á mil leguas del mundo, en un pliegue de Sierra-Nevada.—¡Aun me parece veros, padres y hermanos!—Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar: la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba: en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa á presidir la ceremonia de familia: en seguida se hallaban mis padres; luégo nosotros, y entre nosotros, los criados.—Porque en aquella fiesta todos representábamos *la casa*, y á todos debía calentarnos el mismo fuego... Algunos copos de nieve caian por el cañon de la chimenea... ¡y el viento silbaba á lo léjos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!»

«Yo no ceno en mi casa hace algunas Noches-buenas. —Mi pueblo ha desaparecido en el océano de mi vida, como el islote que se deja atrás el navegante.—Ya no soy aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de tristeza, que penetraba temblando en la existencia.—Yo soy ya... nada ménos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engríe de su ámplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de usted!!!»

«¡Oh! Cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes, con aquel rapazuelo que tocaba la

zambomba hace quince años en un rincon de Andalucía, sonríome por fuera, y hasta lanzo una carcajada que considero de buen tono; miéntras que mi solitario corazon destila en su lóbrega caverna, procurando que no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía.»

«Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!»

¡Oh, Sr. Alarcon, mi digno y querido amigo! Esa lágrima es una perla: de esa preciosa margarita brotan y caen como bendicion sobre la frente del poeta los versos con que termina, puestos en boca de un padre, la comedia intitulada *El hijo pródigo*:

¡Sí... serás bueno... lo sé!
Que ya, aunque léjos de mí,
No estás solo en tu afliccion;
Pues irán eternamente
Mi bendicion en tu frente,
Y Dios en tu corazon!

El hijo pródigo, comedia representada é impresa en 1857, parece el desenvolvimiento de *La Noche-buena del poeta*. La idea de la santidad de la familia cristiana, está profundamente grabada en el alma de Alarcon, y nunca la olvida, y jamás deja de dar con ella vida y calor á bien inspirados cuadros, á escenas interesantes y tiernísimas, que hacen salir dulces lágrimas á los ojos, derraman consuelo en el corazon, y arrancan involuntarios aplausos áun de aquellos que no rezan por sus muertos el dia dos de Noviembre ni pasan en su casa la Noche-buena; tipos admirablemente pintados por Alarcon en el artículo y la comedia. Todo el que lea una y otra produccion, tomará cariño al autor: no puede ménos de quererse á quien de sí decía: «Algunas familias en las que soy un extranjero,

me han querido dar la limosna de su calor doméstico, convidándome á comer—¡porqué ya no cenamos!—Pero yo no he ido; yo no quiero eso; yo busco mi cena pascual, la colacion de Noche-buena, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma, *¡la Religion que me enseñaron cuando niño!*»

Tampoco es posible no estimar á quien más adelante, en 1874, saca á luz estas palabras, propias del nobilísimo pecho de un literato eminente, y hombre de bien: «*¡El Rosario!* Veinte años hacía ya por lo ménos que no lo veíamos recorrer á aquella hora y de aquel modo (segun la inmemorial costumbre) otras ciudades, villas y aldeas de la proverbial *tierra de María Santísima.*—¡Y qué veinte años! Durante ellos, los mismos que solíamos felicitarnos de la desaparicion del antiguo órden social y político de España... hemos venido á reconocer, en cambio, á fuerza de crueles lecciones..... que esa libertad y esas ideas, léjos de domesticar, de civilizar, de dignificar más y más cada dia á las clases bajas..... las han hecho retroceder á la primitiva barbarie.—Inútil, ocioso, necio, y sobre todo peligrosísimo..... fuera cerrar los ojos á esta verdad que palpita en el fondo de la conciencia de cuantos hemos dirigido la voz al pueblo, (creyéndonos sus redentores), desde el periódico ó desde la tribuna, desde el libro ó desde la cátedra. ¡Imposible escapar á nuestros remordimientos! Los espantosos resultados de nuestras bien intencionadas, pero imprudentes provocaciones, están harto á la vista en todas partes..... Así pudiera continuar mucho tiempo, á riesgo de que se me considerase neo-católico, ultramontano, retrógrado, oscurantista, persa, carlino y partidario del tribunal de la Inquisicion.—Mas creo haber dicho ya lo bastante para explicar la profunda com-

placencia que nos causó aquella noche ver al pueblo orgivense, representado por sus hijos, hacer pública profesion de su fe cristiana.» (1)

No importa que haya andado por medio de los «vates del siglo XIX convertidos en gacetilleros;» que haya visto «á la musa con las tijeras en la mano despedezando *sueltos*; á los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la patria zurcir *artículos de fondo* para rehabilitar *un partido*:» Alarcon ha arribado á puerto seguro, y con el amor de la familia que la Divina Providencia le ha dado, ve coronados todos sus esfuerzos, disipadas sus zozobras, realizados sus ensueños, logradas sus esperanzas.

¡Penas! ¡Recuerdos! ¡Horas desaprovechadas ó mal invertidas!

> ¿Quién no lleva escondido
> Un rayo de dolor dentro del pecho?
> ¿Por cuál dichoso rostro no han corrido
> Lágrimas de amargura y de despecho?
> ¿Quién no lleva en su alma
> ¡Ah! por muy jóven y feliz que sea,
> Un penoso recuerdo, alguna idea
> Que, nublando su luz, turba su calma? (2)

De *El Escándalo*, novela de Alarcon, dada á la estampa en 1875, no hay para qué hablar: quien no la haya leido, debe leerla, y hará amistad en seguida con un P. Manrique, que es, segun frase feliz de Alarcon, como todos sus hermanos: «en la Compañía de Jesus no hay más que un alma..... el alma de San Ignacio de Loyola.» Hará amistad con el hermano portero de la casa del P. Manrique; hará amistad con la Abadesa y con las Monjas del convento en

---

(1) *La Alpujarra*, 1874, páginas 179 y 180.
(2) Espronceda.

que estuvo una Gabriela tres años; hará amistad con un Lázaro, modelo de abnegacion y humildad; y hará amistad con Alarcon, á quien es preciso, sin remedio, estimar, cuando se acaba de leer tan noble, tan gallarda, tan interesante, tan valerosa novela.

Lázaro es, en *El Escándalo*, modelo de humildad y abnegacion, porque es cristiano; y por esta razon es personaje interesante y simpático. Si Alarcon hubiera prescindido de Dios en su novela, como se estila ahora; si su Lázaro hubiera aprendido á ser virtuoso en los libros de los filósofos y no en el catecismo, no fuera, como es, un hombre tranquilo y sereno que, queriendo lo más perfecto, hace un gran sacrificio, sino que sería un misántropo insoportable: en lugar de hacer y decir cosas preciosas y sublimes, diría y haría simplezas: en vez de ser simpático modelo de paciencia y resignacion, sería un mentecato; y en lugar de disponerse á cambiar su astronomía por la manera con que miraba al cielo el P. Manrique, debiera aparejarse para que le llevasen, por majadero, á una casa de locos, ya que no hay casas de tontos. Las obras de arte en que de caso pensado se prescinde de Dios, producen en el ánimo del lector ó espectador efecto contrario al que el autor se propuso. Y si de Dios se prescinde, no de caso pensado, pero inadvertidamente, la obra resulta necia. Todo esto, sin duda, tuvo presente Alarcon al escribir *El Escándalo*, y por eso cabalmente es su novela bellísima y provechosa.

En el discurso que nos ha leido ahora mismo, tiene el buen gusto de hacer público alarde de que para él la moral es la de Jesucristo, la redentora del alma, la de la humildad, la de la paciencia, la de la caridad, la del perdon de las injurias, la que despierta y ejercita todas las fuerzas de nuestro espíritu imperecedero. Pero donde se vislumbra

el alma poética de Alarcon, es en el pasaje en que, hablando de nuestra España, y de su literatura y de sus artes, prorumpe en estas palabras, que resumen todos los merecimientos de nuestros ínclitos mayores: «Aquí, por la misericordia de Dios, no ha habido nunca el menor asomo de idolatría para las obras humanas. Esta es la tierra de los enamorados, pero no idólatras, de la hermosura; de los paladines del honor; de los mártires de la patria; de los soldados de Jesus; de los siervos de María.»

Sí; y áun por eso esta es la tierra de los intrépidos caballeros, de los grandes artistas, de los famosísimos escritores, miéntras no se quebrantó el espíritu católico: por eso la decadencia es general y evidente desde que vientos extranjeros han traido á la tierra de los soldados de Jesus y de los siervos de María, desaliento de incredulidad, y fiebres de racionalismo.

Notadlo nuevamente, señores Académicos: notad el singular fenómeno que presenta la historia de nuestras letras. Cuando el escritor respeta como justo límite el que pone la Religion Cristiana, vuela: cuando, llegados los tiempos modernos, se juzga libre de toda limitacion, se arrastra. Miéntras aspiró principalmante al Cielo, alcanzó fama perdurable en la tierra: desde que rompe con los lazos que le unen á la gloria eterna, no consigue ni siquiera la de este mundo. Es muy natural, si bien se reflexiona; puesto que, como dice el Príncipe de los ingenios españoles, «los cristianos católicos... más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado: así que, nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religion cristiana

que profesamos.» «Ves aquí los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.—Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los estiman, y áun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus frentes.»

¡Y áun hay quien diga que el que escribió estas cosas, solamente trató de matar los libros de caballerías! De cantar himnos y loores á la caballería verdadera, sí que trató aquel D. Quijote que se retrató á sí mismo en la persona de un nobilísimo loco en perpetua discusion con el *positivismo*, que ve venir y avanzar sobre el mundo, y del cual se burla de verdad, que no del demente caballero, que es el personaje más simpático que ha salido jamás de la mente de escritor ninguno. Para burlarse de él, de sus ideas, y de lo que él quiere representar y defender, ¿habría hecho Cervantes á su D. Quijote digno de la simpatía, del interes, del cariño de toda alma bien templada? Lo contrario se propuso Avellaneda; y por ende su Quijote contrahecho es, además de insípido, reverso de la medalla del verdadero y sin par D. Quijote de la Mancha.

Dejémonos ya los españoles de repetir juicios que en labios ajenos son astutos, y simplezas en los nuestros. No es el espíritu inmortal del caballero demente quien ha llamado *positivista* á Cervantes: han sido autores de esta opinion los hijos de Sancho Panza. Los que mutilaron el cristianismo, y convirtieron en prosa protestante los esplendores del culto católico; los que arrojaron de sus claus-

tros á las monjas y á los frailes; los que casaron á los curas, para que, consagrados á cuidar de sus hijos, dejaran de ser padres y maestros de sus feligreses pobres y necesitados; los que detuvieron el curso majestuoso de la civilizacion católica con *la protesta*, madre del *racionalismo*; los que matan la literatura y deshonran á las artes rebajándolo todo al nivel de la materia; esos, no pudiendo acabar con la fama de Cervantes, idearon calumniarle. Y á él, manco en Lepanto, cautivo en Argel, soñador, como ahora se dice, en todas partes, poeta toda su vida de obra más que de palabra, le han querido convertir en apóstol de las ideas modernas, prosaicas, materialistas y groseras. ¡Y en castellano lo han repetido plumas españolas! Vaya por Dios: se han repetido en España tantos dislates nacidos fuera de aquí para arruinar á España y desnaturalizarla, y hacer que falte á sus tradiciones y á su vocacion, que por una más no hay que enfadarse demasiado. «Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos, á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hacemos señoras de nuestros pensamientos, á la pereza en andar por todas partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros.» ¿Suena esto á sátira, señores?

Pero dejo á los señores, y en esta cuestion, como en otras muchas, apelo al testimonio de las señoras, hechas por Dios no para componer versos, sino para inspirar todo linaje de poesía. Venid conmigo, sigamos á Don Quijote. Un dia, lleno de gratitud su nobilísimo pecho, deseando corresponder como hidalgo á mercedes recibidas de unas damas, no pudiendo hacerlo en la misma medida, conte-

niéndose en los estrechos límites de su poderío, les ofreció lo que pudo y lo que tenía de su cosecha. «Y así digo que sustentaré dos dias naturales en mitad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí están, son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetando sólo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos.»

El mismo Sancho Panza, creado por Cervantes para que dude de todo y para que todo lo vea con los ojos de la carne, el mismo Sancho Panza esta vez quiere el autor que reconozca y confiese que esto es hermoso, que esto es, además, honrado y bueno; y se rinde á la belleza poética y á la hidalguía, y dando una gran voz, exclamó: «*es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco?*» Don Quijote que, entre otras locuras, tenía la locura de la modestia, «volvióse á Sancho, y encendido el rostro y colérico, le dijo: ¿quién te mete á tí en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero?» Puesto en medio del camino con intrépido corazon, vino un tropel de toros bravos y de mansos cabestros, y pasó sobre Don Quijote dando con él en tierra y echándole á rodar por el suelo. Para entónces, *los que con el caballero estaban, volviendo las espaldas, se habian apartado bien lejos, temerosos de que les habia de suceder algun peligro.*

Decidme, señoras mias, ¿se escribió esto para hacer reir ó para hacer llorar? Los que leyendo esto se rien de Don Quijote, se reirán de todo lo que es poético, de todo lo que es noble y levantado, aunque parezca extravagante: se rien de la España de nuestros mayores abandonada en Westfalia y maltratada en Utrecht; se rien de la heróica locura llamada la guerra de la Independencia; se rien de

los valerosos voluntarios pisoteados en Cabezon, Ocaña y Medellin; se rien de la España caballeresca, por que las damas, zagalas contrahechas, llamadas Inglaterra, Rusia, Prusia y Austria, le volvieron las espaldas y la dejaron sin Gibraltar, y sin Nueva España, y sin el nuevo mundo descubierto por un loco que se llamaba Colon, bajo el amparo de la visionaria Isabel la Católica, conquistado por unos dementes que se llamaron Hernan Cortés y Pizarro, y evangelizado por unos extravagantes que se llaman frailes franciscanos ó dominicos.

No, señores: Cervantes no se rie, sino que llora. Ignoro, y me importa muy poco averiguar, si empezó á escribir su inmortal libro con el intento que en él resplandece: lo que sé, y doy por averiguado y cierto, es que en él fué vaciando su alma, y apareció patente su corazon generoso, y resultó lo que he dicho. Aun por esto, en lo claro de la intencion, en la hidalguía de los pensamientos de Don Quijote, en lo poético de sus designios descabellados, es muy superior la segunda parte á la primera, aunque esta parezca más pintoresca y animada que aquella; por esto, en la segunda parte nace un bachiller Sanson Carrasco, que comete locuras verdaderas para curar á Don Quijote de su poética locura; por esto, en fin, todos los hechos y todos los dichos de Don Quijote, principalmente en la segunda parte de su vida, son á más no poder nobles, bellos, y sobre todo simpáticos. Porque Don Quijote es Cervantes cautivo en Argel, animado de pensamientos conquistadores; Cervantes en la corte, lleno de heridas y de merecimientos, y muerto de hambre; y Don Quijote en su casa, molido á palos y próximo á morir en brazos de su sobrina, y de su ama y de su cura, es Cervantes dando vueltas alrededor del convento de las Trinitarias, yendo á ver de contínuo á las Religiosas para con-

solarlas y para consolarse, y tomando el hábito en la Orden Tercera de San Francisco (1).

¡Pero si rie perpétuamente en el *Quijote!* Rie, mas no se burla: tambien rie al escribir la dedicatoria del Persiles, al dia siguiente de darle la Extremauncion; y cierto que al esperar tranquilo y con pecho regocijado la ya cercana muerte, no se burla ni de la otra vida, ni de la mortaja que prepara para su cuerpo con el tosco sayal de la órden franciscana.

Ni D. Pedro Alarcon, ni el que tiene la honra de contestarle á nombre de la Academia Española, estamos con los que aventuran semejantes bobadas. Uno y otro, el nuevo académico áun más y mejor que yo, porque es poeta y yo un humilde prosista, y de la más pedestre prosa, la que se escribe en papel sellado, sabemos á qué atenernos. Ningun soberano escritor ha dejado de ser espiritual en sus pensamientos, y moral en sus composiciones. Ningun poeta español, ningun artista, ningun orador digno de tal nombre, ha dejado de ser entre nosotros católico: porque entre nosotros ha imperado siempre la verdad, y no ha habido manera de ser religioso sin ser hijo de la Iglesia de Dios.

El discurso de Alarcon tiene un objeto altísimo, cristiano y español, como sus obras literarias. ¡Venga el señor Alarcon en muy buen hora á llenar los huecos que va dejando en nuestras filas la muerte, y, con la ayuda de Dios, entre todos sacaremos ilesos de la borrasca que corre la literatura, anegada en un mar de aguas inmun-

(1) Tomó el hábito en 2 de Julio de 1613. Profesó el dia 2 de Abril de 1616,—«en su casa, dice la partida, por estar enfermo, el hermano Miguel de Cervantes.» Véase *La sepultura de Miguel de Cervantes*, memoria escrita por encargo de la Academia Española por el marqués de Molins.—Madrid 1870, imprenta de Rivadeneyra.

das, los fueros de su hermosa Dulcinea, del alma humana, hecha á imágen y semejanza de Dios y redimida por Él en el Calvario! ¡Arriba los corazones! y desdeñando, como dice Alarcon, los ideales finitos, busquemos digno término á nuestras obras elevándonos «á la contemplacion del Eterno Sér en quien juntamente residen la Suma Verdad, la Suma Bondad y la Suma Belleza.»

22 de Enero de 1877.

PUNTOS DE VENTA.

En la Administracion de la Casa editorial de Medina, Colegiata, 6, y en las librerías de Duran, Gaspar, Guijarro y demas principales de Madrid y provincias.

Precio: OCHO reales.